

JUAN E CONTRERAS
MARQUES E LOZOYA

POEMAS



SEGOVIA MCMLXXVI

PRECATA
D6CL
A

J. 57754
C. 1073447

Dp. Lg. SG 87-1976
I.S.B.N. 84-400-1250-0

Imp. Vda. de Mauro Lozano
Juan Bravo, 34 - Segovia

POEMAS

*Poemas de Juan de Contreras
Marqués de Lozoya*

POEMAS

Compuestos

en la ciudad de Segovia

por

DON JUAN DE CONTRERAS

MARQUES DE LOZOYA

MCMXIII  MCMXXXI

EN SEGOVIA, POR MAURO LOZANO, IMP. Y LIB.

Sucesor de Antonio San Martín

R. 47985



La Asociación «Amigos de Segovia» con la edición y presentación de este libro de poesías, ha querido poner su grano de arena en ese homenaje nacional que estos días está recibiendo mercedamente el Marqués de Lozoya, con ocasión de haberle sido concedido por S.M. el Rey Juan Carlos I el título de «Grande de España».

Don Juan de Contreras y López de Ayala nace en Segovia en 1893 y ya en 1923 publica seis libros de versos y dos novelas y obtiene la Cátedra de Historia de España y del Arte en la Universidad de Valencia, pasando en 1946 a la Universidad de Madrid, hasta su jubilación en 1963.

Muchos han sido los méritos de tan ilustre segoviano, la dirección de la Academia de Bellas Artes de Roma, Diputado a Cortes por Segovia, Director General de Bellas Artes, Presidente del Instituto de España, Consejero del Reino, Presidente del Patronato del Museo del Pueblo Español y del de Sorolla, Académico de Honor de la Real Academia de San Carlos de Valencia, del Instituto Arqueológico de Berlín, de Bellas Artes de París,

Lisboa, Coimbra y Nueva York, entre otros muchos de los servicios prestados a Segovia y a España a su largo de su dilatada vida académica.

Pero por encima de todos estos merecimientos, la Asociación «Amigos de Segovia» le rinde ese homenaje por su condición de poeta y por la dedicación plena y generosa de toda una vida de estudio a enaltecer los valores espirituales, el arte y la historia de su querida Segovia y de España en el mundo, a través de innumerables facetas, pero siempre presidida su labor por su alma de poeta y por su inmenso corazón de español, ahora Grande de España, a quien esta Asociación, con un respetuoso y admirado reconocimiento, le rinde su más emocionado y sincero agradecimiento, por su inmenso amor a la tierra segoviana.

LA JUNTA DE GOBIERNO,

Las actuales generaciones conocen al Marqués de Lozoya a través de sus actividades de historiador, Maestro en arte, conferenciante, segoviano preclaro, Grande de España, etc., etc. pero normalmente desconocen su actuación en la poesía y en la literatura; para dar un conocimiento de ésta, publicó la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia hace pocos años su galardonada novela «El Regidor», y para difundir su poesía, ahora los Amigos de Segovia editan este volumen.

Noble es la intención de los Amigos de Segovia, y debe contar con el agradecimiento de todos los que admiramos y queremos al Marqués de Lozoya y, por consiguiente, con la gratitud y colaboración de la Caja de Ahorros, que tantas muestras de adhesión ha recibido del Marqués.

Segovia, Abril 1976

La generosa iniciativa de «Amigos de Segovia» me proporciona el placer, acentuado por una tenue melancolía de releer, al cabo de muchos años de olvido, mis propios versos, desde mis primeros ensayos de juventud, compartidos con los estudios de los últimos cursos del bachillerato. Versos olvidados de todos, y aun de mi mismo y con los cuales me enfrento ahora como si fuesen de otra persona, pues otro fué el muchacho emocionado y tímido que escribía sus rimas, reiterando imágenes y conceptos que eran ya viejos en tiempo de Garcilaso, que el anciano fatigado, cargado de experiencia y para el cual la música de aquellos romances y de aquellos sonetos tiene un mágico poder evocador.

He sido ingrato con mi obra poética surgida en un cuarto de siglo (de 1910 a 1935, aproximadamente), porque ella fué la alegría y la emoción de mi juventud y ha influido favorablemente a lo largo del curso de mi vida. Hace algunos años, con motivo de un cursillo de Arte que pronuncié en la Academia Hispano-Americana de Cádiz, José María Pemán hizo mi presentación con muy elocuentes palabras. Recordaba en ellas que durante nuestra juventud, sentados en sillones contiguos en la Biblioteca del Ateneo de Madrid, intercambiábamos nuestros versos. Pero, al correr del tiempo, sobre mis cuartillas, cubiertas de renglones cortos, se iban amontonando los libros de Historia y de Historia del Arte. «No importa —decía Pemán—, en el fondo de la tarea universitaria de Juan Lozoya están siempre los versos de su juventud.» Y yo creo que este concepto —dejando aparte lo que haya en él de amistosa benevolencia— es exacto. Si mis libros de Historia y de Historia del Arte han alcanzado alguna

notoriedad es porque, bajo su intento de rigor científico persevera en ellos el espíritu de los romances que encendían mi alma de entusiasmos y de fervores en mis remotas jornadas de estudiante.

Pretendo en estas líneas preliminares ser, como se me requiere, un comentarista de mi propia obra poética, sin los dengues de una falsa modestia o de una valoración excesiva. Creo sinceramente que en pocos años mis libros didácticos quedarán anticuados y preteridos ante los hallazgos de los nuevos investigadores, pero siempre habrá alguien que tenga en la memoria alguno de mis sonetos. Lo más espiritual es lo más permanente. Recuerdo la parábola orsiana de aquellas tres hermanas que reciben, a un tiempo, regalos diversos: la mayor, una joya; la segunda, un vestido; la tercera, un frasco de perfume, que se rompió por accidente aquel mismo día. La joya hubo de ser enajenada; el vestido perdió pronto su lozanía, pero en el cuarto de la menor permaneció por siempre el perfume de la esencia derramada.

Voy, pues, a intentar una breve historia de mi carrera como poeta; como poeta jubilado. Mi buena fortuna hizo que naciese (30 de junio de 1893) en una de las más bellas ciudades de España, en un caserón vetusto en el cual el paso de los siglos ha dejado vestigios de todos los estilos. La casa tenía un jardín umbrío sobre la muralla medieval incrustada de lápidas romanas que pedían que la tierra fuese leve sobre segovianos muertos hace veinte siglos. Eramos seis los hermanos que jugábamos en aquel jardín, que era nuestro paraíso y los seis teníamos notable facilidad para versificar, heredada sin duda de nuestro linaje materno, que es el del Canciller Ayala, pues los Contreras fueron ante todo, desde el siglo XVI, grandes venadores. Yo sólo, desde niño, tomé en serio el escribir líneas cortas y rimadas. Recuerdo la ocasión de mi primer poema, cuando tendría siete u ocho años de edad. En la casa frontera a la mía: la fortaleza edificada por los Marqueses de Moya, vivían los administradores; un joven matrimonio con dos hijos, niño y niña, de muy corta edad. En pocos meses murieron los padres, y los huérfanos, vestidos de negro como era uso entonces, venían a jugar con nosotros en nuestro jardín. La niña era de una belleza extraordinaria, y su presencia enlutada me emocionó tanto que la dediqué un breve poema en cuartetos. Los chicos precoces son siempre impopulares y mi ensayo, cierta-

mente poco afortunado, me valió una rechifla que aumentó por mucho tiempo mi timidez nativa.

Tuve una infancia enfermiza. Leía mucho, por mi obligada quietud; pero no recuerdo haber escrito versos, escarmentado, sin duda, por mi primer fracaso. Mi pasión por escribir se inició cuando en el bachillerato los Padres Dominicos, a cuyas clases acudía, me pusieron en contacto con los clásicos y descubrí en mí mismo una gran facilidad para imitar aquellos sonetos y aquellos romances cuya música me llegaba al alma. Y escribí sonetos y romances que merecieron la bondadosa aprobación de Don Lope de la Calle y Don Salvador Núñez, profesores entonces del Instituto. El «Adelantado de Segovia» mantenía una página literaria que regentaba Don José Rodao, conocido en toda España por sus breves composiciones humorísticas y satíricas; único entre los segovianos que tenía el privilegio de publicar sus versos en la prensa de Madrid. Al amparo del prestigio de poetas consagrados (José Rincón Lazcano, Don Eulogio Moreno, el párroco de Arcones; Don José Zamarriego, el médico de Garcillán) la página admitía a noveles. En una sección, que no era la menos leída, Don José, en un tono humorístico —en verso, a veces— aprobaba o desaprobaba los trabajos, que se enviaban con un seudónimo. Yo me decidí, no sin terror, a mandarle tres sonetos de corte clásico y esperé el fallo con tanta emoción que al recibir, cada lunes, «El Adelantado», casi enfermaba. Por fin vino el dictamen aprobatorio con estas palabras, que me llenaron de alegría: «Los sonetos se publicarán. Animo, que usted escribe bien.» En cambio, a continuación, venía la repulsa a un desconocido colega que firmaba con el seudónimo de «Bartolillo»:

En cambio Vd. escribe, «Bartolillo»
como pudiera hacerlo un marmolillo.

Los años que corren entre mis quince, en que acabé el bachillerato, y los veinte, son quizás los únicos de mi vida en que he gozado del fecundo placer de un ocio total, que me permitía vivir solamente para leer y para versificar. Seguía como alumno libre, sin vocación, la carrera de Derecho en la Universidad de Salamanca y con mi memoria, entonces extraordinaria, me bastaban un par de semanas de preparación inmediata para salir del paso en los exámenes. Escribía mucho —algún ensayo de investigación histórica— formando parte del grupo al cual los socios del Casino

de la Unión llamaban, cuando paseábamos por la calle Real, «el bando de los poetas». Eramos los que, en la ciudad, sentíamos la inquietud del movimiento cultural de España en una época desventurada en todos los aspectos, pero en la cual la Literatura y el Arte alcanzaron un esplendor solamente comparable al del «Siglo de Oro». Fueron los años del descubrimiento de la España interior por los literatos y artistas del litoral: Gabriel Miró, Azorín, Unamuno, Baroja, los dos Machado, Ignacio Zuloaga, los Zubiaurre... Castilla, con sus maravillosas ciudades, entonces intactas, con sus castillos derrumbados sobre sus alcores, con la amplitud marina de sus llanuras fue el tema exclusivo de poetas y de pintores.

El «bando de los poetas» (Julián Otero, de exquisita sensibilidad; Juan José Llovet, que alcanzó con sus lecturas en el Ateneo triunfos resonantes; Mariano Quintanilla, una de las figuras más insignes en la historia cultural de Segovia) se entusiasmaba con los versos y con la prosa de quienes nos habían enseñado a ver nuestra propia tierra. Colaborábamos asiduamente en la «Página Literaria» de «El Adelantado» y en las revistas, de efímera vida, que surgían de nuestras tertulias, que se celebraban en el estudio de alguno de los artistas que formaban parte de nuestro grupo: Eugenio Torreagero, en el Taray, con balcones sobre las alamedas del Eresma; Fernando Arranz, que desde la antigua iglesia de San Gregorio dominaba las choperas del Clamores. Comenzaron a tomar parte de nuestros cenáculos jóvenes escritores foráneos establecidos en Segovia: Marcelino Álvarez Cerón, Alfredo Marquerie.

Comencé a tener un cierto prestigio local. La corrección de mis versos; su sentido tradicional eran gratos en el ambiente de Segovia en la segunda década del siglo. Despertaban, sobre todo, el entusiasmo de la tertulia del Palacio de Cheste, presidida por la nieta del famoso general isabelino, Director de la Academia Española y traductor del Dante, de Camoens y del Tasso. Además de los clásicos y de los estudios históricos que constituían ya mi

verdadera vocación, todo cuanto se refería a mi ciudad y su tierra era «asunto» para mi vena literaria. No me cansaba de contemplar la ciudad y solía recorrer a caballo las aldeas de ambiente serrano y pastoril. Mi padre, como todos sus antepasados, fue ganadero de merinas y tenía en Torrecaballeros el ran-

cho más importante de la provincia. En mis primeros años viví intensamente el encanto de ese mundo singular, prehistórico, de la ganadería trashumante: la llegada de los rebaños desde Extremadura, en el mes de mayo, con sus pastores cuya rudeza ocultaba mucha vieja sabiduría, con sus yeguas y sus mastines; y, sobre todo, el esquileo, a cuyas faenas daba intensa poesía el canto de los esquiladores, sobre todo en la misa dominical, que se celebraba en una tribuna sobre el mismo local en que se trasquilaban las ovejas, sin que la urgente tarea se interrumpiese. Yo tenía once años cuando, a la muerte de mi padre, hubimos de desprendernos de la famosa cabaña, pero en mi senectud perdura en mi corazón el eco de aquellos cantos y de aquellos balidos; de aquellas alegres jornadas de las cuales apenas se conserva el recuerdo.

Comencé a acariciar la ilusión de reunir mis versos en un tomo y entregué una selección de lo más aceptable a la imprenta de Antonio San Martín. Acudía cada día al local, situado en la plaza de las Sirenas y me complacía en escoger, con los operarios (Ciriaco, el regente; Hipólito, el maquinista; Macario Yuguero; Ramírez y Francisco; Eugenio Cisneros, encargados de la composición; Pablo Pastor, el aprendiz), letras y viñetas y me unió con ellos una estrecha amistad. Lo cierto es que el libro, que vio la luz en 1913 con el título de Poemas Arcaicos, superó por su belleza tipográfica su ingenuo contenido. Me hizo, para la portada, un magnífico dibujo Manuel Martí Alonso, artista y literato que se había incorporado a nuestro grupo. Me entusiasmaban los poetas franceses del 1900 y a su influjo responden los alejandrinos de un librito que con el título de Poema de añoranzas publiqué en 1915, también primorosamente editado por mis amigos de la imprenta de San Martín.

Pero con más intensidad aún que los paisajes y la historia de mi tierra dominaba mi alma el sentimiento religioso, adquirido en la infancia en mi íntima compenetración con mi madre y que ha informado toda mi vida. Me educué con los Dominicos y mantuve la amistad tradicional en mi familia con los Carmelitas Descalzos, que decían misa en las fiestas en la capilla de mi casa. Me complacé en pasear con alguno de ellos entre los cipreses de la huerta de San Juan de la Cruz, desde cuyas alturas se domina uno de los más bellos panoramas de España. De estas emociones procede lo que estimo lo mejor, lo más sincero de mi obra poética:

los Sonetos Espirituales, cuya primera impresión surgió de los tórculos de San Martín en 1917. Tengo la ilusión de que alguna de estas breves composiciones, gritos de amor, de angustia o de esperanza, perdure cuando mi obra histórica y literaria se haya sumido en el abismo del olvido.

Mis versos comenzaron a ser conocidos fuera de Segovia a partir de 1918, en que Angel Herrera me brindó una colaboración poética constante en «El Debate», que era ya por entonces uno de los órganos más importantes de la prensa española. A partir del año anterior, en que heredé este título por muerte de mi hermano, firmaba como «Marqués de Lozoya». Mis versos eran ya algo más que ensayos de principiante. Tenían cierta originalidad, dentro de la pasión del momento, por la evocación histórica que se manifestaba en los versos de Marquina, de Villaespesa, de Manuel Machado. Como todos mis colebas segovianos, admiraba apasionadamente a los grandes poetas de América: Rubén, el neosegoviano, Amado Nervo, Santos Chocano. Mis pequeños poemas, publicados en «El Debate»: Romance de los fundadores, La querella, Canto a los villanos de Castilla antigua, El rey, despertaron grandes entusiasmos, sobre todo en ambientes académicos y tradicionales. Sobre uno de ellos recibí de don Angel Ossorio y Gallardo la carta que no resisto a la tentación de copiar: «Mi estimado amigo: ¡Qué estupenda poesía La querella! No son unos versos, son una raza» (12-IV-918).

En 1920 di a la imprenta de San Martín los versos de los últimos años, reunidos en un libro que se llamó Poemas Castellanos y que fue editado con el primor habitual. Fue recibido por la crítica y por los académicos con elogios que parecían presagiar un éxito que no había de llegar nunca. Un día del mes de febrero de 1921 recibí inesperadamente un telegrama de don Francisco Rodríguez Marín en que me decía: «La Real Academia Española ha concedido a su libro Poemas Castellanos el premio Fastenrath». Fue una enorme sorpresa, pues yo no tenía noticia de que nadie hubiese pensado en solicitar para mi libro semejante honor. El premio Fastenrath, que concedía el Rey a propuesta de la Academia, era, en realidad, el único premio literario tenido en cuenta en España. Pocos días después, en un oficio, el Secretario de la corporación, don Emilio Cotarelo, me enviaba copia de una comunicación del Intendente General de la Real Casa que decía así: «Tengo la satisfacción de participar a V. E. que S. M. el Rey,

nuestro Señor (q. D. g.), se ha servido aprobar la propuesta hecha por esa docta corporación concediendo el premio Fastenrath correspondiente al año 1919 a la obra del señor don Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, titulada Poemas Castellanos». Con este motivo, cumpliendo el protocolo, hube de acudir a Palacio, enlevitado y enchisterado, a agradecer la merced recibida a don Alfonso XIII, que me acogió con su arrolladora simpatía.

Creí de justicia el que mis colaboradores de la imprenta de San Martín, que con su arte y con su trabajo habían logrado la perfecta presentación del libro, tuviesen alguna parte en el triunfo y les invité a todos, desde el regente hasta el último aprendiz, a un almuerzo en el ventorro de Magullo, en la carretera de Sepúlveda, que era entonces todavía una venta clásica, alivio de arrieros y trajinantes, pero ya famosa por la excelencia de su cocina. Para amenizar la fiesta impuse como condición que todos habíamos de brindar en verso. Guardo como un tesoro aquellos brindis, rebosantes de ingenuidad, de alegría triunfal y de cariño, desde los versos correctos de Ciriaco Ramírez, el regente, que escribía bien, a los de Pablo Pastor, niño todavía, que salió del paso así:

A la rosa, a la rosa;
al clavel, al clavel;
don Juan nos convida
a comer y a beber.

Recuerdo aquella jornada primaveral como una de las más felices de mi vida.

En los años que van del 20 al 30, decisivos en la Historia de España, sufrí un cambio total en mi manera de vivir y este cambio se refleja en mis versos de este tiempo, que tienen un cierto carácter autobiográfico. Comenzaba ya a cansarme —y se cansaba todo el mundo— de evocaciones históricas. Por otra parte sentía la angustia que siguió a la primera guerra internacional y la angustia de España en aquellos años trascendentales. No me parecía ya bastante el sentido horaciano de la existencia que reflejan algunos de mis pequeños poemas —La morada, por ejemplo— y sentí el tedio de mi vida apacible en mi casa, en mi buerto, en mi ciudad, y esta inquietud, este hastío doloroso, este cansancio repercuten en algunas de las poesías de este tiempo:

Noche en las eras, El caballero del verde gabán y, *sobre todo, en aquella que comienza*

Yo quise hacer mi estancia, sobre el haz de la tierra,

en mi ciudad nativa, la de las torres de oro...

que responde a una honda crisis espiritual. De 1925 es la segunda edición de Sonetos Espirituales, realizada con gran lujo tipográfico, pero sin el acento personal de su antecesora segoviana, por la editorial «Voluntad». Siguiendo lo que creía mi deber, me sometí a la dura prueba de las oposiciones a cátedra y obtuve, en abril de 1923, la de Historia de España en la Universidad de Valencia, en cuya ciudad, que vino a ser mi segunda patria, residí muchos años, consagrado con alma y vida a la enseñanza. Mis trabajos de Historia del Arte, publicados en las revistas especializadas de Madrid, me habían alcanzado una notoriedad que no lograron mis versos ni mis dos breves novelas: El regidor, premiada en 1923 en un concurso de «Voluntad», que la editó con gran lujo, y La alquería de los cipreses, de ambiente valenciano. Recibí de la editorial Salvat un encargo muy importante: la Historia del Arte Hispánico, a cuya redacción hube de consagrar la mayor parte de mi tiempo. El primer volumen, que vio la luz en una fecha histórica (14 de abril de 1931), obtuvo, dentro y fuera de España, un éxito excepcional.

Seguía, sin embargo, escribiendo versos que, aun cuando creo sinceramente que eran mejores que los que obtuvieron en 1920 el premio Fastenrath y los mayores elogios de la crítica, pasaban sin pena ni gloria, con breves y corteses referencias en la Prensa. En 1924 edité por mi cuenta en Madrid Romances del llano; poco después surgió de los tórculos de «Voluntad» Cantar de las tierras altas. Todavía en 1935, entregado totalmente a abrumadoras actividades, recogí algunos poemas dispersos en Los caminos y los días, nacido también en Segovia, como la mayor parte de sus hermanos. Desde años antes pesaba en mi poesía la influencia de la de Antonio Machado. El magno poeta residía en Segovia, donde explicaba, en el Instituto, la asignatura de Lengua Francesa, pero tuve con él muy escasos y cordiales contactos. Yo acudía solamente a mi ciudad en las vacaciones estivales, que él pasaba siempre fuera de ella. Supe que en una tertulia íntima había ponderado mis sonetos y recibí la noticia con alegría y gratitud.

En 1931, año para mí de tristes y gratos recuerdos, hube de abandonar mi cátedra universitaria, que era mi mayor ilusión, por

la política, hacia la cual sentía horror. El muchacho tímido y ocioso que paseaba con sus amigos poetas por las alamedas del Eresma se había convertido en un trabajador infatigable, abrumado por la angustia de sus compromisos editoriales, que no supo ya lo que es el descanso. Solamente durante mi estancia en Roma (1953-1957) hice versos alguna vez. La poesía, como la filosofía, requieren el ocio. Yo puedo en cualquier momento escribir sobre Historia o sobre Historia del Arte, pero no puedo en cualquier momento versificar. Por otra parte me daba cuenta de que la poesía era ya otra cosa, inaccesible para mí. Soy amigo de Vicente Aleixandre, de Dámaso Alonso, de Gerardo Diego, y lo fui de Federico Muelas, de Luis Felipe Vivanco, de Pedro Salinas y de Juan Ramón Jiménez. Tuve y tengo conciencia de que la pobreza de mis recursos poéticos me impedía incorporarme a la generación que tanta gloria ha dado a España. Fue un gran acierto el retirarme a tiempo.

Pero guardo hacia mis pobres versos olvidados, que ahora «Amigos de Segovia» generosamente resucitan, una inmensa gratitud. Ellos alegraron mi juventud y creo que dieron a mi vida un sentido más profundo, más humano. Ellos me acercaron a Dios. Todavía en mis paseos solitarios —me fueron abandonando mis amigos del «bando de los poetas»— en los ocasos estivales, por los alcores de Segovia, o en mis largos insomnios de anciano, un verso de juventud relumbra en mi mente, como un relámpago. Y a su luz revivo mi pasión por la Historia y por los paisajes de Castilla; mis amores, castos y sentimentales como los de un niño;

Mis deseos de ser útil; mis ansias de ser mejor
y, sobre todo, mis coloquios con «El Buen Amigo», que es ya
mi última esperanza.

El Marquis de los Rios



Poemas arcáicos

de

Juan de Contreras



GLOSA

AMOR, *yo nunca pensé*
 ❧ *que tan poderoso fueras*
hasta agora que lo sé.



Desengañado vivía
 sin penas y sin cuidados,
 llevando los mis ganados
 del llano a la serranía:
 Llamaste a mi puerta un día
 y el paso te franqueé;
 si la entrada te dejé
 en el libre pecho mío,
 fué porque en tu señorío,
Amor, yo nunca pensé.

¿Quién eres tú, el inhumano
 que en mi chozo penetraste?
 ¡Tú, que como esclavo entraste
 y mandas como tirano!

Dichas perdidas, en vano
 quise que me devolvieras
 cuando en tus redes arteras
 caí al verte niño y ciego:
 ¿quién imaginara luego
que tan poderoso fueras?

¿Por qué, loco rapazuelo,
 desde que mi huésped eres
 la calma quitarme quieres
 dejando sólo desvelo?
 Delicias como de cielo
 en cambio prometesmé;
 cuando ansioso las busqué
 me volviste a mis dolores.
 ¡No imaginé tus rigores
hasta agora que lo sé!



*Amor, yo nunca pensé
 que tan poderoso fueras
 hasta agora que lo sé:
 agora ¡ay! lo sé de veras.*



EL MAL CABALLERO

Canción de una dama



L mal caballero llegó á mi castillo;
 para recibillo, levanté el rastrillo
 y torres y almenas de flores cubrí;
 por ver su rendido y amante saludo,
 no ví que por lema decía su escudo:
 «Amor es mi nombre... ¡Guardaos de mí!»

Le ofrecí hospedaje, y cuando lo hacía
 con tales razones me lo agradecía
 que nunca hube visto más tierno doncel:
 y yo sus palabras, creyéndole ciertas,
 de la fortaleza le rendí las puertas
 y quedé en mal hora prisionera de él.

Mas ¡ay! desde entonces tornóse en tirano;
 nunca caballero fue más inhumano;
 como sus desdenes no los ví jamás:
 y cuando lloraba por mis desventuras,

❖ AMATORIAS ❖

me daba en sus labios tan raras dulzuras
que en su red oculta me prendía más.

Pero cuando amante yo le deseaba,
con su fiero potro mis rosas hollaba
y con mis palomas cebaba su halcón.
Mataron un día sus negros lebreles
la mi corderilla, y él con sus crueles
miradas, jugaba con mi corazón.

Y cierta mañana díjome a deshora
con su voz de mieles: ¡Albricias, señora,
parto, y donde estuve no suelo volver!
Levantó el rastrillo, franqueó la puente
y en su potro fiero de mirar ardiente,
en la lejanía le llegué a perder.

¡Amor! Caballero que me traicionaste;
desleal amigo que en mi pecho entraste
para mis ternuras en penas trocar:
Sobre mis entrañas, perdura la herida
que entonces abriste, ¡y aún diera la vida
porque en mi castillo volvieras a entrar!



NUPCIAL

LAS calladas dulzuras,
 las alegrías sosegadas, graves,
las tranquilas venturas
y las mieles suaves
que trae consigo amor, tú no las sabes.

Si mi voz fervorosa
quisieras escuchar, amiga mía,
y oyérasla piadosa...
¡ay! cuánto te daría,
que puro y firme amor te ofrendaría.

No fuera cegadora
llama que arde y se apaga en el instante;
sería bienhechora
lámpara vacilante
que diera a tu santuario luz constante,

y no turbio torrente
que baja a la llanura en el deshielo.
Fuera mi amor, silente,
cual sereno arroyuelo
que en su límpida faz, refleja al cielo.

Yo he visto en penumbrosos
rincones de capillas medioevales
sarcófagos de esposos,
cuyos lazos nupciales
pasaron de lo eterno los umbrales.

Y ví que el reposado
semblante del esposo, sonreía,
al ver junto a su lado
a quien amaba un día.
¡Santo amor, que a la muerte desafía!

Así fueras amada
si tú quisieras ser mi compañera.
¡Flor nunca marchitada!
Más y más te quisiera,
a cada nuevo sol que amaneciera.

Y para siempre unidas
por lazos de jazmines y azahares,
serían nuestras vidas
calor de nuestros lares,
estrofas del cantar de los cantares.

Cuando la nieve orlara
mi mísera cabeza, temblorosa,
amante aún, besara
en la frente rugosa
que hoy es terso marfil y fresca rosa.



RIMAS DE ABRIL



ASARON de invierno
las foscas crudezas:
pasó la ventisca
que mugía horrenda,
los hielos sutiles,
y las nieves yertas.
¡No más días tristes!
¡No más noches negras,
que rompe en capullos
la dormida tierra,
como una esperanza,
como una promesa!

*Alégrate, moza,
que ya es primavera:
¡hoy vi en los espinos
rosas tempraneras!*

En las claras noches,
las noches serenas,
en las que tan suaves

las estrellas tiemblan,
 un vago murmullo
 sale de la tierra:
 ¡hálito de vida
 y de amor endecha!
 y entre los follajes
 se escuchan las quejas
 de los ruiseñores
 que sus nidos velan.

*Alégrate, moza,
 que ya es primavera
 y hay nidos colgados
 entre las mimbreras.*

Ya bajan arroyos
 de las altas crestas,
 yo he visto sus saltos,
 yo ví sus carreras,
 y oí su murmurio
 que al oído suena
 cual risas de niños
 y voz de doncella.
 ¡Qué sana es el agua
 que de alto nos llega;
 a los ojos limpia
 y a los labios fresca!

*Alégrate, moza,
 que ya es primavera
 y forma regatos
 la nieve en la sierra.*

Los muertos barbechos
de flores se llenan;
el musgo recubre
las desnudas peñas;
de los viejos troncos
brotan tiernas yemas;
en secos ramajes
murmuran abejas,
y hasta en lo más hondo
de fragosa selva,
braman los venados,
y su voz retiembla
como himno salvaje
de amor y de fuerza.

Hay algo que canta
en el alma nuestra:

*Alégrate, moza,
que ya primavera
nos trae la alegría
de la savia nueva.*



LA ARQUILLA

 IS curiosas miradas infantiles
siempre se detuvieron ante aquella
preciada arquilla, tan antigua y bella,
en bronce incrustada y en marfiles.

Más tarde pude abrirla, y ví sutiles
blondas de anciana y galas de doncella,
cintas y guantes, do encontré la huella
de unas nevadas manos señoriles.

Entre corolas de marchitas rosas,
ví un paquete de cartas escondido
que quemé sin leerlas por respeto.

¿Quién sabe, medité, si he destruido
al abrasar sus líneas temblorosas
de una vida el recóndito secreto?



ENSUEÑO

Besar vuestras manos marfilinas
 me lleva Amor, sin esperanza alguna.
 Soy, princesa, un hidalgo sin fortuna,
 señor de un campo yermo y de unas ruinas;

Mas para vos, ciudades peregrinas
 crea mi mente al claro de la luna,
 y es castillo el casón do fué mi cuna
 y son regio jardín, tierras mezquinas.

Pero llega la aurora; a sus fulgores
 la dorada ilusión se desvanece
 y me vuelve a lo real el golpe rudo,

y más árido entonces me parece
 mi campo, y el solar de mis mayores,
 más triste, más estrecho, más desnudo.



*EL ALCAZAR
DE SEGOVIA*

 E Segovia en la ciudad
viertan artistas preclaros
sus tesoros,
y de Granada y Bagdad
vengan con sus artes raros
sabios moros,

Alarifes y pintores,
lo que fama mayor han
en el mundo,
que un Alcázar de esplendores
quiere en ella el rey Don Juan
el segundo.

Eleven los torreones,
coronen sus arrogancias
con almenas,
y entre recios paredones,
laboren ricas estancias
agarenas.

Anchos y profundos fosos
que dejen inexpugnable
su recinto,
subterráneos misteriosos
que formen inextricable
laberinto.

Altos muros reforzados,
tristes bóvedas oscuras,
barbacanas,
balcones alicatados,
que dominen las llanuras
castellanas.



Segovianos: contemplad
el Alcázar concluído
que levanta
con inmensa majestad,
el bello escorzo atrevido
de su planta.

Le ornan en señal de fiestas
gallardetes de colores,
luminares,
y en sus patios cantan gestas,
cuadrillas de trovadores
y juglares.

Y en señal de un poderío
que nunca se abate hollado
ni se humilla,
en el torreón bravío
ondea el pendón morado
de Castilla.

*LA LEYENDA DEL
MONJE DE SILOS*

A noche perfumada
noche estival, tranquila,
en cuyo blando ambiente
se confunden los ruidos
de la tierra en suaves
pausadas armonías,
envuelve con sus velos
tachonados de estrellas
la silueta romántica
del viejo monasterio.
Todo calla: Parece
que en el éxtasis yace
de un asceta: de pronto
se oye el medroso ruido
de una poterna oculta
y al pálido reflejo
de las estrellas, surge

la alta y blanca figura
de un monje, cuyo rostro
semeja al de los santos
que pintó fray Angélico.
Suspenseo y embebido,
aspirando el aroma
de los húmedos campos,
queda un momento inmóvil,
y luego toma absorto
una senda. Embriagado
de poesía tanta,
abrasado el espíritu
en místicos ardores,
abandona el camino
e inconsciente se interna
en la selva fragosa,
y andando sin medida,
llega a un lugar no hollado
jamás por planta humana;
un recóndito, oscuro
camarín de verdura
halla en él una piedra
que blando musgo cubre
cual frontal recamado
de un altar, y de hinojos
el monje cruza en ella
las marfileñas manos
como la orante estatua
de un mármóreo sepulcro.
¡Nunca más bella noche
contempló el varón santo;
nunca para él brillaron
más limpias las estrellas!



En un silvestre espino un ruiseñor se posa
y un canto misterioso lentamente modula;
al emitirle, el cuerpo de la avecilla tiembla
y el alma del asceta también tiembla al sentirlo.
En el silencio augusto de la noche serena,
claras, dulces, armónicas, las notas se desgranán.
Vencido el cenobita por extraños sopores,
reclina sobre el musgo la angélica cabeza,
la sonrisa en los labios, entornados los ojos
y vagamente oyendo al ruiseñor divino
durmióse... y la leyenda
diz que cántico y sueño duraron por cien años.



POEMA
DE AÑORANZAS

COMPUESTO POR

JUAN DE CONTRERAS

*en la muy noble y muy leal
ciudad de Segovia*

LE OFRECE A DON GERÓNIMO LÓPEZ
DE AYALA Y ÁLVAREZ DE TOLEDO,

*Conde de Cedillo, Vizconde de Palazuelo:
Señor de Hermoro, Comendador y
Alférez mayor en la Orden
de Santiago*

AÑO DE  MCMXV

CON PRIVILEGIO

EN SEGOVIA. POR ANTONIO SAN MARTIN, IMP. Y LIB.

a costa de su autor.

¡Como en las viejas estancias
y en los salones desiertos
se conservan las fragancias,
las marchitas elegancias
de vidas y amores muertos!

Ricardo León: «Sunt Lachrima rerum.»



H los tristes palacios cerrados y desiertos
que he conocido alegres y he conocido abiertos!

Yo recuerdo los tiempos en que ardía en su hogar
hospitalaria y viva, la llama familiar
que exhalaba calor de piedad y cariño.

Risas de adolescente, balbuceos de niño
poblaban los jardines, y por los corredores
diligentes cruzaban los viejos servidores
de cabellos nevados y de rostros leales.

Temblaba el empedrado de los amplios portales
bajo las tardas ruedas de antiguas carretelas,
y cruzando de noche solitarias plazuelas
llegaba hasta nosotros un monótono y grave
murmullo de oraciones, o las notas de un clave
al par que, por las rejas, del cristal al trasluz,

✻ POEMA DE

veíamos salones pletóricos de luz.
En ellos se rezaba, se amaba, se vivía
unos años tras otros; pero la muerte un día
con sus dedos helados llamó a los aldabones
y, desde aquel entonces, son las nobles mansiones
como cuerpos sin alma:

No se oyeron ya en ellas
risotadas de mozos ni cantos de doncellas
y unas manos cerraron los balcones abiertos
cual los cristianos cierran los ojos a sus muertos.
¡Oh los tristes palacios que son en la ciudad
la nota melancólica de olvido y soledad!
Entrad en uno de ellos, que estas casas sin dueño
evocan añoranzas e invitan al ensueño;
abrid la verja antigua: traspasad los umbrales
del jardín clausurado por los altos tapiales.
Acacias y castaños, creciendo en libertad,
forman un vago ambiente de sombra y humedad,
faltos de sol se ahilan arbustos y retoños
y las hojas caídas que dejan los otoños
cubren sendas y cuadros donde sólo florecen
unos lirios esbeltos, muy blancos, que parecen
heráldicos adornos cincelados en plata
para alguna diadema.

Subid la escalinata
y en todas las estancias encontrareis las huellas
de las vidas lejanas que pasaron por ellas.
¡Oh nobles aposentos do se mantuvo viva
el alma de esa raza tan triste y tan altiva!
Tal vez de ellos salieran almas fuertes e inquietas,
almas de aventureros, de santos, de poetas
que asombraron al mundo. Tal vez aquí vivieron
gentes dulces, tranquilas, que nunca conocieron

más amplios horizontes que los de estos balcones,
sombrías callejuelas y viejos paredones.
Todos ellos dejaron la señal de su paso
en mil pequeñas cosas que hallamos al acaso
en arcas y vargueños.

Poemas amorios
y libros de oraciones; estampas y avalorios,
algún reloj hurafío que con su aguja inerte
señala una hora trágica de abandono o de muerte,
sortijas, abanicos sobre cuyo paisaje
danzan unos pastores y cuyo varillaje
labró cincel chinesco; finas blondas sutiles,
guantes que aprisionaron de manos femeniles
la señorial blancura; lazos de seda rancia,
reliquias que conservan una vaga fragancia
como de rosas secas: el tiempo y el descuido
sobre ellas tenue velo de polvo han extendido.
¡Oh, cómo nos recuerdas las eternas verdades
estos viejos retratos donde sus vanidades
muestran unas sombrías figuras altaneras
llena la faz de orgullo y el pecho de veneras!
Ni un recuerdo lejano, ni un nombre solamente,
ni un rasgo, ni una fecha que illustre nuestra mente,
esclarecen las sombras de su vida esfumada.
Antaño fueron algo quizás: hoy no son nada.
Almas desconocidas, hermanas de la mía
que entre estos viejos muros un día y otro día
una existencia hilábais que como humo de incienso
se disipó en los cielos:

Al recordaros, pienso
en como—llamarada que se extingue y se olvida—
van los hombres tejiendo, lentamente, su vida.

... un bosque umbrío
Hasta la falda del vecino monte
Se extiende: tan ameno y delicioso
Que le hubiera juzgado el gentilismo
Morada de algún dios, o a los misterios
De las silvanas driadas guardado.
Jovellanos: «Epístola a Anfriso.»

LA selva secular desciende por los flancos
de la sierra azulada de los picachos blancos.

Es de pinos y alerces tan espeso el follaje
que el sol apenas puede, jugando en el ramaje,
esparcir sus rondeles de luz sobre la tierra
húmeda, del camino.

Las aguas de la sierra
cantando libertad, bajan de las alturas
alegres, rumorosas, tan frescas y tan puras
cual su madre, la nieve: de un salto luminoso
cruza una trucha el río: fino, rauda, nervioso,
un corzo pasa huyendo: lanza el faisán su grito
salvaje y estridente, y evocamos el rito
de las ninfas silvanas de la gentilidad

❧ POEMA DE

que corrían los bosques con la casta deidad.
Son los troncos altísimos, rectos, lisos, redondos,
cual columnas de un templo, y en los hincos hondos
cuyo misterio virgen jamás el sol profana
quizás habiten dríadas.

De la Grecia pagana
añoramos los héroes, los monstruos y las diosas
de la eterna sonrisa, tan crueles y hermosas.
¿Do se esconden las ninfas? Los faunos ¿dónde están?
¿Por qué ya no modulas tu dulce flauta, Pan?..
Mas ved que allí aparece sobre un plinto de piedra
la figura de un sátiro coronado de yedra.
Más allá una doncella toda blanca, que enlaza
guirnaldas de laureles y trofeos de caza
y, lejos, un atleta, fijo en un gesto rudo,
tiende los duros músculos de su torso desnudo
y luego otras estatuas, una fuente, un jarrón
que ostenta las tres lises, emblema de Borbón;
unos rústicos bancos... y vemos, sorprendidos,
caminos más cuidados, boscajes más floridos.
Es que ya traspasamos de la selva el confín;
la selva en estos sitios se transforma en jardín.
Mas todavía en ellos es la naturaleza
trionfadora del arte.

De la abrupta maleza
salta un corzo al camino, bebe en una fontana
y al pasar se recela de un mármol de Diana.
Se abre el bosque: dorado por la pompa otoñal,
se extiende ante nosotros el viejo parque real.
Hace ya dos centurias: fué en el siglo galano
vicioso y señoril, escéptico y liviano.
Un rey de las Españas, educado en Versalles
mandó abrir en la selva plazas, sendas y calles,

hizo esculpir deidades de la mitología
en mármoles de Génova, para adornar la umbría
y saltar, en parterres y macizos de flores
el agua de la sierra, cautiva en surtidores
y aquí en la fresca sombra de aquestas espesuras
quizás creyendo lejos las áridas llanuras
de Castilla, soñaba con los parques de Francia.
Se une en este jardín la gálica elegancia
con el renacimiento, que en el suelo romano
hizo surgir las frondas del parque Vaticano.
Sol de Italia ha dorado los jaspes transparentes
que contienen los lípidos cristales de las fuentes.
Labráronse estos plintos en Génova y Carrara.
Del de los Este, duques de la antigua Ferrara
guarda el jardín real la clásica armonía,
las bellas proporciones, la noble simetría
y hay en él blancos mármoles y sombríos cipreses
como en el melancólico parque de los Borgheses.
Tres reinas educadas en itálico suelo
jugaron las sutiles artes de Maquiavelo
en aquestos parajes. ¡Oh la guerra de intrigas
donde el que lucha, besa las manos enemigas!
¡Oh el siglo dieciocho, pedante y refinado,
que evocan estos cuadros de mirto recortado!
Sonatas de Mozart, de graciosas cadencias,
discursos filosóficos, galanas reverencias,
manejos diplomáticos en las cámaras reales,
alianzas, concordatos, pulidos madrigales
pletóricos de imágenes de la mitología,
ingenio alambicado, rendida cortesía...
Las ideas del siglo ya han roto la clausura
del parque mayestático.

Su tranquila hermosura,

✻ POEMA DE

su misterioso encanto, su gracia cortesana,
la plebe dominguera, con sus risas, profana.
Tan sólo en esas tardes del otoño, serenas
y doradas, de dulce melancolía llenas;
en esas bellas tardes que inflaman el poniente
con lumbres del ocaso, y en que caen lentamente
las hojas, que en el suelo nuestros pasos embotan
o en las aguas sombrías de los estanques, flotan;
cuando sobre la sierra, que es púrpura a lo lejos,
las estatuas, bañadas en rosados reflejos
destacan, y tan sólo se escuchan de las frondas
harmónicos murmullos: En esas horas hondas
cuando en tanto silencio y en tanta soledad
el alma estremecida siente la eternidad:
Entonces el jardín recobra la virtud
de su calma magnífica, de su augusta quietud.
Ya nada nos impide revivir todavía
las épocas queridas y en nuestra fantasía,
glorietas solitarias y paseos desiertos
poblamos con las nobles figuras de los muertos.



SONETOS
ESPIRITUALES

Compuestos en la ciudad de Segovia
por

DON JUAN DE CONTRERAS

*CABALLERO DEL HABITO
DE SANTIAGO*

AÑO DE M.CM.XVIII

CON PRIVILEGIO

EN SEGOVIA. POR ANTONIO SAN MARTIN, IMP. Y LIB.
a costa de su autor.

*Del autor a la memoria del
conde de Cbeste, su padrino.*

I

YO conocí a un anciano, tan anciano,
que en los profundos surcos de su frente
vislumbrábase un siglo, y en la ingente
barba, y en el cabello undoso y cano.

Yo he besado una flaca y larga mano
siempre leal, que peleó valiente,
y que volvió, muy suave y doctamente,
rimas del Dante en verso castellano.

Alguna tarde que en mi alegre huerto
buscaba sol para su cuerpo verto,
le dió mi brazo reverente auxilio.

Era yo un niño, y por la vez primera,
llegóme al alma, de su boca austera,
la plácida cadencia de Virgilio.



II

EY corazón! ¡Ay corazón! Mendigo
que en vano has de tocar todas las puertas...
¡Ay, desterrado, que a buscar no aciertas
la patria amada ni el seguro abrigo!

¡Errante peregrino! ¿Con qué hostigo
buscas las sendas de la dicha, inciertas?
¡Ay, cuánta carga de esperanzas muertas,
de hastío y de dolor, llevas contigo!

¡Pobre aguilucho de las alas rotas!
¿Quién te dará un lugar donde esconderte
para curar tus llagas, en sosiego?

¿Quién te verá subir hasta perderte
en las regiones límpidas, ignotas?
¡Ay corazón, desamparado y ciego!



III

LLARA noche estival! El firmamento
tan cerca brilla, que sus gemas de oro
parecen enredarse en el sonoro
follaje del pobar, que mueve el viento.

Llena los campos, compasado y lento,
de las cigarras el solemne coro...
¡Señor y Padre mío! ¡Oh cuánto añoro
la Eternidad, que tan cercana siento!

¡Noche serena, rutilante, santa!,
cuando todo en mi torno brilla o canta,
¿por qué yo he de callar, confuso y triste?

Bajo mi pecho, que de amor suspira,
hoy vibra el corazón como una lira...
¡Púlsale Tú, Señor, ya que lo hiciste!...



IV

DE un gran caudal eres señor, hermano,
del cual hubiste la encantada llave;
no es, como el oro, desabrido y grave,
sino siempre dulcísimo y liviano.

Nunca podrás gastarlo, porque en vano
lo habrás de prodigar, sin que se acabe.
¡Bendito aquel que derramarlo sabe
para consuelo de dolor humano!

Esparce luego, sin temor ni coto,
para que más se aumente cada día,
ese tesoro, de virtud secreta.

—Pues rico soy, y pobre me creía,
¿cuál es, hermano, mi caudal ignoto?
—Tu corazón de mozo y de poeta.



V

SABIO: es muy triste condición humana
el apegarse al mundo y a las cosas,
pasadas las jornadas generosas,
muerto el amor, la juventud lejana.

Es así el moribundo, que se afana
en alargar sus horas dolorosas,
por ver, una vez más, las nuevas rosas,
por saludar al sol de la mañana.

Pajarillo del ánima, cautivo;
¿amas tanto a tus cárceles, que, abiertas,
ya no quieres trocarlas por un cielo?

¿Por qué, olvidando tu soñar altivo,
cuando tienes, al fin, rotas las puertas
te me acongojas de emprender el vuelo?



VI

AMOR, como una lámpara votiva,
humildemente en mis santuarios arde;
como el primer lucero de la tarde
brilla tranquilo, en soledad altiva.

Es como un niño, y en la cuna viva
del corazón, requiere que le guarde.
En ella, por zahareño y por cobarde,
huye de las miradas, y se esquivo.

Aunque peno por él, en él me gozo
al contemplarlo, hermoso y escondido
como un diamante singular y claro.

Yo, que lo recogí, nunca he sabido
de si lo oculto por pudor de mozo,
o por codicia sórdida de avaro.



VII

↳ A estancia, toda blanca, estaba llena
del apacible encanto matinal;
en un claro jarrillo de cristal
florece una vara de azucena.

Cesó la niña en su oración serena,
y se turbó su rostro virginal
cuando una voz alada, en el umbral,
Ave María, dijo, *gratia plena*.

El celestial heraldo tendió el vuelo,
y quedó palpitando en el ambiente
la dulce invocación ¡*Ave María!*

Todo fué así: sencilla y suavemente;
y se enlazó la tierra con el cielo,
y el nuevo siglo comenzó aquel día.



VIII

*Sino, coração da aldeia;
coração, sino da gente...*
(Cantar português.)

BRONCE de catedral, amplio y sonoro,
que, lentamente, tu clamor desgranas,
en la penumbra azul de las mañanas,
y en el sosiego de las tardes de oro!

¡Alegre voz que, convocando a coro,
en la espadaña conventual te afanas!
¡Canción de la ciudad! ¡Claras campanas!
¡Oh cuánto en mis ausencias os añoro!

Esquila viva que mi pecho bate;
mi corazón, que os ama como hermano,
se place en recordar vuestro concierto;

y, adivinando vuestro son lejano,
alegremente con vosotras late,
y a muerto dobla, si dobláis a muerto.



IX

AMOR que en el silencio sufre y vela,
es de muy alto precio y hermosura;
es la gracia de amor más noble y pura
si en soledad y en sombra se recela.

¡Dichoso aquel que, por humilde, anhela
hundir sus penas en la noche oscura!
¡Cuando el ánimo esconde su amargura,
Dios mismo en su regazo la consuela!

¡Vidas llenas de amor y doloridas
que relumbráis entre las otras vidas
como gemas dispersas en el lodo!

¡Vuestra huella en la sombra resplandece
por el dolor, que todo lo ennoblece;
por el amor, que lo embellece todo!



X

*... sed timor et minae
scandunt eodem quo dominus: neque
decedit aerata trirremi, et
post equitem sedet atra cura.*
(Horat. Od. Lib. III, od. I.)

AL emprender la ruta del destino,
un secreto pesar se entró en mi nave;
es tan mañero y tan sutil, que sabe
quebrar mi lira y amargar mi vino.

Nunca le pude ver, mas de contino
siento en el corazón su huella grave,
y oigo a veces latir sus alas de ave
cuya sombra oscurece mi camino.

¡Compañero de viaje, tan osado!
Pues nunca te apartaste de mi lado,
como a un amigo fiel, llegué a quererte;

y espero el día, con temor y pena,
en que vendrá a romper nuestra cadena
la poderosa mano de la Muerte.



XI

*Laudato sí, mi signore per sor
aqua, la quale e multo utile et
humile, et pretiosa, et casta.*

SAN FRANCISCO
(Cántico del Sol.)

AGUA: casta y alegre creatura,
hermana del de Asís; agua serena
de los quietos remansos; agua buena
que en los arroyos límpidos murmura.

Agua salobre, que en la gran llanura
del mar, reza la eterna cantilena;
agua ciega, dormida, la que llena
del frío aljibe la oquedad oscura.

El agua es voz que llama suavemente;
la plácida canción de la corriente
sosiega el alma, y a soñar convida.

¡Voz de la fuente que en mi huerto mana!
¡Hablame quedo, con piedad de hermana,
hasta adormir la pena de mi vida!



XII

 ID, madre abadesa, cómo canta
el ruiseñor que en los rosales posa.

¡Bendito sea Aquel que tan hermosa
voz, le quiso poner en la garganta.

¡Oh, quien supiera esa canción que encanta
y, toda pequeñuela y temblorosa,
pudiérala decir, cabe una rosa,
en el misterio de la noche santa!

Se esfuma entre las sombras la arboleda,
calla la fuente, y en el huerto queda
sólo esa voz, que canta sus amores.

Quando la noche eterna cubra todo
ha de seguir cantando de este modo
la voz de los constantes amadores.

XIV

QUIEN recuerda el aroma de las flores
abiertas en lejanas primaveras?
¿Quién, aquel resplandor de las hogueras
que hicieron, otro invierno, los pastores?

Pasa la vida así, con sus dolores;
así la gloria, que afanoso esperas.
Poeta, ¿quién sabrá de tus quimeras?
Amante, ¿qué ha de ser de tus amores?

Una noche serena así decía,
mirando de los cielos la grandeza,
cuando una voz me susurró al oído:

«Ama con puro amor, trabaja y reza;
duérmete luego en paz y en Mí confía:
Cuanto se hace por Mí, nunca es perdido!»



XVI

EL sabio orfebre, despaciosamente
fué cincelando el cáliz de su vida.
En el metal de su alma dolorida
labró hondas huellas el cincel ardiente.

Como una perla de precioso oriente
engarzó cada lágrima vertida;
de cada pena la sangrienta herida
brilló como un rubí resplandeciente.

A contemplar su joya, noble y bella,
el orfebre tal vez se complacía,
pensando en sus trabajos sobrehumanos;

Amor, que iba de paso, la vió un día;
como muchacho que es, prendóse de ella,
y la quebró, jugando, entre las manos.



XVII

HERMANO mío, ¿lo recuerdas?, era
cerca del mar. La noche descendía
y, oteando la vaga lejanía,
fingíamos paisajes de quimera.

Hablábamos despacio; en la escollera
con manso ritmo el agua se rompía,
y el campo de los cielos encendía
las flores de su eterna primavera.

Sobre la enhiesta roca, sin testigo,
hablamos largamente del anhelo
de eternidad, que en nuestras almas arde.

A solas con el mar y con el cielo,
yo sentí que Jesús, el Buen Amigo,
estaba con los dos aquella tarde.



XVIII

HE de cantar la generosa mano
 por la que el oro, pródigo, fluía
 como en roto venero; bella y pía
 mano de gran señor y de cristiano.

Un anillo ostentaba, gaje vano
 de un muerto amor, que floreció en su día;
 y las caladas guardas oprimía
 de una espada de temple toledano.

Su dueño fué español y caballero;
 en servicio del Rey, dió placentero
 su sangre, su quietud y su tesoro;

y, derrotado en cortesana intriga,
 sin tener ya que dar, dió a una mendiga
 la limpia espada y el anillo de oro.



XIX

COMO palomas, en tropel alado,
las horas pasan, y se va con ellas
la dulce mocedad. ¿Qué fué de aquellas
sus ansias de hacer cierto lo soñado?

¿En qué copioso fruto hanse cuajado
del joven corazón las flores bellas?
Nuestra espada, ganosa de epopeyas,
¿qué vasto y noble Imperio ha conquistado?

¿Qué fué de nuestro impulso generoso?
Guarda sólo el Señor en su memoria
este poema, que jamás se ha abierto.

¡Tal vez, en el enigma de su gloria,
alcance un cumplimiento esplendoroso
aquel anhelo, sin lograrse muerto!



XXII

YO he sentido, Señor, tu voz amante,
 en el misterio de las noches bellas,
 y en el suave temblor de las estrellas
 la armonía gocé de tu semblante.

No me llegó tu acento amenazante
 entre el fragor de truenos y centellas;
 ¡el ánimo llamaron tus querellas
 como el tenue vagido de un infante!

¿Por qué no obedecí cuando le oía?
 ¿Quién me hizo abandonar tu franca vía
 y hundirme en las tinieblas del vacío?

Haz, mi dulce Señor, que en la serena
 noche, vuelva a escuchar tu cantilena;
 ¡ya no seré cobarde, Padre mío!



XXIII

PIEDAD, Señor, piedad: que tus lumbreras
aviven mi esperanza, que se apaga!

Busco yo en Ti, para curar mi llaga,
fuentes de amor, palabras verdaderas.

Humilla mis miradas altaneras,
la eternidad, aterradora y vaga.
Gloria, deseo, amor... ¡Todo naufraga
en ese mar sin fondo y sin riberas!

Va muriendo el rescoldo de la tarde
y, al extinguirse su reflejo incierto,
la noche ha de venir, honda y sombría:

¡Condúceme al seguro de algún puerto
donde el roto navío se resguarde
para esperar la luz del nuevo día!



XXIV

QUIEN me dará, Señor, llegar a hablarte
 en la dulce penumbra, sin testigo,
 como el amigo fiel con el amigo,
 alegremente y sin temor departe?

Y sólo por Ti te ame, y llegue a amarte
 olvidado de premio y de castigo;
 y embebecido con estar contigo,
 del todo me perdiera, para hallarte.

¡Oh con cuánta verdad veré ese día
 la nada de las cosas, y cuán graves
 aquellos lazos que me impiden verte!

¡Háblame ya, Señor, como Tú sabes,
 y sufriré el dolor con alegría
 y llegaré sin miedo hasta la muerte!





Poemas de Juan de
Contreras



OCTUBRE

ROMANCE DE LOS

:::FUNDADORES:::

DECIAN LOS INFANZONES — QUE FUEROS DE HIDALGOS HAN,

Los que mantienen caballo — y están horros de pechar:

«El Rey llama a junta nueva — ¡ni uno sólo faltará!

Ya calienta el sol de marzo — buen tiempo de pelear.

Los que tornen a sus tierras — al invierno folgarán.

Cadaño nuestras espadas — a Castilla ensanchan más.

Y en ella, nuestra plegaria — día y noche subirá

¡Tiempo vendrá en que a encerrarla — no se baste el mismo mar!»

Cantaban los segadores — que segando el trigo están:

«Torna el moro a Morería, — del Rey acosado va.

Las Castillas quedan libres — pero yermas y en erial;

Nosotros los hombres llanos — les vinimos a poblar,

Plantamos cepas de vino — y aramos tierras de pan;
 Hicimos nuestras casucas — brilla el fuego en su fogar;
 El rumor de los molinos — de bullicio llena el caz;
 Con un vuelo de palomas — resplandece el palomar;
 A la aurora canta el gallo — so las bardas del corral.
 Hicimos nuestros concejos, — cofradías y hermandad;
 Labramos iglesias nuevas — con alegre campanar;
 En la tierra de su osario — nuestros huesos dormirán.»

Rezaban los frailecicos — del cerquillo y del sayal:
 «Señor Dios: el cuerpo es fuerte — pero de alma falto está;
 Nosotros le haremos alma — sedienta de eternidad.
 El saber de los pasados — nuestros libros guardarán;
 El martillo y los cinceles — gastaremos en labrar
 El bello jardín de piedra — de la iglesia conventual,
 Y en ella, nuestra plegaria — día y noche subirá
 Por Castilla, que se yergue — con un recio despertar.»



OCTUBRE

YA EL MAGNIFICO OTOÑO
Los emparrados dora;

Cárdenas amatistas
Entre el follaje, forman
Racimos. Es la tarde
Tibia y embriagadora.
Siéntate bajo el porche
Fabio amigo, y reposa;
Haz de pámpanos rubios
A tu frente corona,
Y deja que hasta el borde
Llene tu cuenca copa
Deste vinillo viejo
Que a los viejos remoza,
Y reirá en tus ojos,
Y cantará en tu boca,
Y en tus barbas de fauno
Pondrá trémulas gotas.
¡Otoño de Castilla!

¡Aurea estación sabrosa!
 ¡Cuán dulce sabor dejas
 En corazón y boca!
 Las alegres vendimias
 Terminan ya a estas horas
 Del ocaso; veremos
 Bailar mozos y mozas
 Y llegará a nosotros
 El eco de las coplas
 Que tantas, tantas veces
 Hemos cantado. ¿Lloras?
 ¿Por qué callas? ¿Qué tristes
 Pensamientos te agobian?
 ¿Quizás el mismo octubre
 De mano generosa
 —Nuevo Midas, que vuelve
 Dorado cuanto toca—
 Con sus breves crepúsculos
 Y sus marchitas hojas
 Te dice el desbocado
 Galope de las horas?
 ¿Piensas en que la vida
 Pasa fugaz? ¡No importa!
 ¡Quizás por ser tan breve
 La hallamos tan hermosa!



EL VENCIDO

YA NO SALDRE DE AQUI, MI DULCE AMIGA
La espada he de colgar del talabarte;
Vencido estoy y muerto de fatiga,
Huyendo del recuerdo que me hostiga
De mi antigua traición, vengo a buscarte.
Acógeme cual soy; no he de ofrecerte
El cuerpo recio, el ánimo gallardo
Que se alejó de tí, sereno y fuerte;
Vengo pobre y enfermo y a la muerte
Sin impaciencia y sin temor, aguardo.
Para esperar, la vida silenciosa
Que por quimeras vanas dí al olvido,
Busco en mis lares y tu amor de esposa,
No extinguido tal vez... ¡Sé generosa,
Que es muy mucho, mujer, lo que te pido!
Estos campos dorados, esta aldea
Que hallaba, en mi locura, tan pequeños,
Me sobran ya, después de la pelea.
La casa en que nací, quiero que sea
Sepulcro de mis glorias y mis sueños,
Y en ella, un aposento, do las cosas

Sean recuerdos de la edad florida,
 Y de un libro las páginas gustosas
 Que me hablen de las vías misteriosas
 De Dios, y del Amor, y de la Vida.
 Y una ventana donde el aire puro
 Y la fragancia del jardín respire,
 Y un antiguo sillón de roble duro
 Y un Cristo renegrido sobre el muro
 Que con sus ojos de piedad me mire.
 ¡Cuántas veces soñé, cuando la nave
 Hendía el llano de la mar lejana,
 Mecida de los vientos, como un ave,
 En la casa, en tu voz, tranquila y grave,
 En el libro, en la Cruz y en la ventana!
 De todos mis ensueños peregrinos
 Tan sólo tú me quedas; si tú callas
 La palabra que guarda mis destinos,
 El pan mendigaré por los caminos
 Perdida la postrer de mis batallas.

He de contarte la derrota mía.
 ¡Triste historia en verdad! Mujer, escucha:
 Partí al amanecer de un bello día...
 ¡Si tú supieras cuán me parecía
 Pequeño el mundo, al comenzar la lucha!...



CETRERIA

DAMA DEL SAYO VERDE; CAZADORA

Que en los bosques del Rey, yo vide un día,
En que hicieron función de altanería
Las damas de la Reina, mi señora.
¡Oh cuán me acuerdo, en soledad, agora,

De aquella discreción y bizarría
Con que volviste la braveza mía
Dulce y sumisa, mansa y amadora!
Un alcotán se remontaba altivo;
¡Vedle, clamé, que vuela tan ufano
Como suele subir mi pensamiento!

Se desprendió un neblí de vuestra mano
Y a vuestros pies lo trajo, apenas vivo,
Las alas rotas y el plumón sangriento.



EL ACOSO

DUN EL VENADO, SIN CEJAR, CORRIA;

Aún derribó a un sabueso, enardecido;
Cauteloso y mañero, aún ha sabido
Apartar los monteros de su vía;

Mas dímosle alcanzada en la Fonfría
Y se detuvo al fin; alzó dolido
Los dulces ojos, y cayó rendido
Ante el feroz ahullar de la jauría.

Cuando la trompa resonó triunfante
Nuestra dueña exclamó. «¡Pieza tan bella
Tendrá, de manos reales, muerte honrosa!»

Tomó el cuchillo, se llegó hasta ella
Y, herida ya, la res agonizante
Lamió la mano tan cruel y hermosa.



LETRILLA DE CASTILLA

DECIS QUE NO GUSTA

De cosas de Estado;
Que el reino se pierde
Por desgobernado;
Que Nápoles bulle,
Portugal también.

*Madre, aunque así sea,
Yo le quiero bien.*

Que entiende en comedias
Más que en preces santas;
Que bebe los vientos
Por las comediantas;
Que le tomaría
El diablo entre cien.

*Madre, aunque así sea,
Yo le quiero bien.*

Que por sus pecados
Se pierde Castilla;
Que para las fiestas
De su camarilla,
Empeña hasta el oro
Que cñie su sien.

*Madre, aunque así sea,
Yo le quiero bien.*

Roba las miradas
Su mostacho blondo;
Sus ojos azules
Miran triste y hondo.
¡Oh, cuántas miserias
Esos ojos ven!

*Madre, aunque así sea,
Yo le quiero bien.*

De Val de Lozoya
Llegóse aquí un día;
De lobos feroces
Hizo montería;
Con otras zagalas
Le dí el parabién.

*Desde aquello, madre,
Yo le quiero bien.*



CAMINOS DE CASTILLA

CAMINOS DE SEGOVIA, DE OLMEDO Y TORDESILLAS!

¡Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros!
Bajo la faz del polvo, yo busco de rodillas
La huella de los santos y de los caballeros.

¡Caminos de Castilla, luengas cintas de plata
Que os perdeis a los lejos, en los campos desiertos!
En las noches de luna torna la cabalgata
De los Reyes caídos, de los jinetes muertos.

.....

Como alcotán altivo que anida en las almenas
Con su hueste de algara, pasa un recio adalid:
Arrastra, por gualdrapas, banderas agarenas;
Las gentes, temerosas, le dicen «Mío Cid».

Han pasado los siglos; por el camino, un día,
Van dos mozos, henchidos los pechos de ilusión.
Les lleva su miseria, su orgullo y su hidalguía
Al puerto de Sanlúcar, do espera un galeón.

En las claras estrellas quieren leer su suerte
Y las estrellas dicen, temblando en el azur,
Que domarán imperios y que hallarán la muerte
En ignoradas costas, bajo la cruz del Sur.

La lluvia de noviembre golpea los caminos;
Ahúllan los lebreles del viento en la llanura;
La Reina Doña Juana de los tristes destinos,
Pasea por Castilla la Muerte y la Locura.

En la noche sombría, brillan los cuatro hacheros
Que alumbran vagamente, con su luz funeral,
El ataúd, cubierto de negros reposteros
Donde explaya sus alas el águila imperial.

El chapeo sin plumas y el bolsillo sin blanca;
Arrastrando las capas, como manto de Reyes,
Caminan los sopistas que van a Salamanca
Buscando amores nuevos, mejor que viejas leyes.

Tal vez riñen dos de ellos al salir de la venta
Y juegan ágilmente de espada y de broquel.
En sus brazos abiertos, una cruz nos lo cuenta:
«Mataron aquí a un hombre, rogad a Dios por él».

Una tarde de junio, bajo el cielo de fuego
Que reseca los campos y que dora el trival,
Recogido en sí mismo, pasa un fraile andariego,
Camino de Medina, de Aranda o Madrigal.

En las sierras azules hay reflejos de ocaso;
Humean los hogares; una campana suena.
Las yuntas, fatigadas, tornan con lento paso;
Va cayendo la noche, sosegada y serena.

En los campos del cielo, sobre la tierra obscura,
Se encienden las estrellas, como flores de luz.
¡Noches esplendorosas de estío en la llanura,
Que poneis en las almas el fervor de la cruz!

Todo canta en la tierra, todo brilla en el cielo
Para el viajero humilde, que de la paz va en pos.
Su alma, tan fatigada, siente un dulce consuelo,
Y en soledad escucha la palabra de Dios.

.....

LA QUERRELLA

¡Caminos de Segovia, de Olmedo y Tordesillas!
¡Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros!
Bajo la faz del polvo, yo busco de rodillas
La huella de los santos y de los caballeros.



LA QUERELLA

ANTE SU CONSEJO, SENTADO EN SU SILLA,

Dijo estas palabras el Rey de Castilla:

«Hombres de Segovia, llegaos y hablad»:

Y en el Crucifijo, poniendo las manos,

Clamó el más anciano de los tres ancianos:

«Juramos por Cristo decir la verdad».

¡Cuán firme era el porte de los hombres-buenos!

Los torsos erguidos, los rostros serenos,

De calma y de orgullo pleno el corazón.

Batía los paños el uno en Riaza,

Guardaba ganados el otro en Pedraza

Y el otro labraba los campos de Ayllón.

Dijo el más anciano de los segovianos:

«Rey: sobre el Alcázar que guarda los llanos

Como ave de presa, flota el pendón real;

La casa que hiciste labrar en la sierra

Cobija a los lobos que arrasan la tierra,

Que esquilman los pueblos, que siembran el mal.

En tu Real Alcázar mora un caballero;

Es mozo y gallardo, famoso montero,
Alto su linaje, grande su valor.
Tercias y alcabalas de las siete villas
Gasta en gerifaltes, potros y traíllas;
Le dicen las gentes «El mal cazador»:
Llama a montería su trompa de plata;
Pasa el torbellino de la cabalgata,
El azor al puño los jinetes van,
Los recios corceles de ricos arneses
Huellan los sembrados y tumban las mieses
Que son nuestra vida, que son nuestro pan.
El mal caballero se goza en los daños;
Ceba sus lebreles en nuestros rebaños,
En los palomares ensaya el halcón.
Siguiendo a un lobezno llegó a la cabaña
De una cabrerilla; dejó la alimaña
Y trajo a la moza sujeta al arzón.
Nós, los que las villas poblamos por fuero,
Amparo pedimos contra el caballero;
De nuestras justicias iremos en pos.
Si tu Señoría remedio no toma,
Irán nuestros pleitos al Papa de Roma
O le emplazaremos delante de Dios.»

El Rey de Castilla quedó pensativo
Y dijo: «Yo juro, por Cristo, Dios vivo,
Que sobre el hidalgo cumpliré la ley.»
Y dijo el anciano: «Bajo el manto della
Nós, los de Segovia, ponemos querella
Contra Don Alonso, bastardo del Rey.»



CANTO A LOS VILLANOS DE CASTILLA ANTIGUA

l ELOS, HELOS POR DO VIENEN, LOS VILLANOS DE CASTILLA;

Los de manos sarmentosas, que esparcieron la semilla;

Los de rostros aguileños, los de frente sin mancilla;

Los de frente sin mancilla, toda ungida de sudor,

Los que bailan viejas danzas de dulzaina y atambor

Cuando ríe por los campos la mañana del Señor.

Los que en tiempo de los moros repoblaron la comarca

Afirmando aquel terreno que oprimían con su abarca

Al amparo de una puebla de Perlado o de Monarca

Los que alzaron sus iglesias a la Virgen y a San Juan,

San Martín y San Miguel, San Lorenzo y San Millán.

¡Viejas piedras que doradas por el sol de antaño están!

Ellos son los hombres-buenos que se asientan altaneros

Cabe Obispos muy letrados y muy nobles caballeros,

Cuando llama el Rey a Cortes bajo el árbol de los fueros.

¡A rezar, los frailecicos, los maitines en el coro!

¡A reñir, los caballeros, en la guerra contra el moro!

¡A segar, los segadores, el maduro trigel de oro!
Aprended, los ricos-hombres del pendón y la caldera,
Que la tierra que ganásteis sostenerse non pudiera
Sin servicios ni alcabala ni moneda fonsadera.
Aprended que de tres brazos se formó la cristiandad;
Si estos brazos se juntasen en amor de caridad,
No reinaran como hogaño la injusticia y la maldad.

Dios os guarde, los villanos; los villanos de mi tierra;
Los labriegos de los llanos, los pastores de la sierra:
¡La virtud de nuestra raza, sois vosotros do se encierra!
Salve, salve, los pecheros de las épicas edades
Que por Cristo trabajábais, alegrando las ciudades
Con las fiestas bulliciosas de los gremios y hermandades.
Bataneros del Eresma, curtidores del Clamores,
Tejedores y pelaires, tintoreros, tundidores...
¡Los que hicísteis muy famosa la ciudad de mis amores!
¡Dios bendiga vuestra sangre, que es venero de energía!
En la guerra de cruzada, non ganásteis hidalguía.
¡Vuestra lucha fué la lucha por el pan de cada día!

LA HEMBRA DEL GAVILAN

EMPLO SUS ACEROS DE GUERRA CASTILLA

En las aguas mansas del antiguo Duero,
Que canta los versos de su romancero
A los rumorosos chopos de su orilla.
Y es como un espejo para el cielo claro
Cuando, adormecido, se extiende en la presa;
Y es como un amante, que rendido besa
El huerto y la vega de Castro-Mendaro.
Allá donde tiene descanso y labranza
Martín Ruiz d'Otores, el buen burgalés,
Que en estos solares descíñe el arnés
Y deja en reposo la espada y la lanza:
Un Rey se los diera con sus aledaños;
Tierras de buen pan, eras y molino;
Los majuelos agrios del dorado vino,
Las praderas frescas para sus rebaños.
Tan fuerte y alegre como un viejo roble
Lleno de jilgueros, es el infanzón;
Es toda su vida como una canción
De gestas antiguas, aguerrida y noble.

Porque las labores del hogar rigiera
E hiciese fecundo y alegre el hogar,
Buscó una doncella del mejor solar
De hidalgos de fuero que hay en la ribera.
Es ésta, la esposa, delgada y morena,
De negros cabellos y dulce mirar,
Cual Santa María del Monte-Bustar
Que siempre sonrío, graciosa y serena.
En todos sus gestos, tranquila y pausada,
La sabiduría brilla en su respuesta,
En su señorío de mujer honesta,
Hay algo de Reina y algo de Prelada.
Junto al ajimez, en lo más del día,
Hila de su lino con siete doncellas;
Hay una, cautiva, que canta querellas
Con el ritmo triste de la morería.
Partió el castellano con gente de guerra,
Vestido de hierro, la adarga abrazada,
A robar ganados en una algarada
Por tierra de moros, allende la sierra.
Y la dama otea, de las amarillas
Mieses ya maduras de la tierra llana,
A la cordillera sombría y lejana
Que guarda los cotos de entrambas Castillas.

.....
¡Mala fué la algar de esta primavera,
Que ha matado el filo de un dardo lobero
A Martín d'Otores, el buen caballero,
Y le traen a lomos de su yegua overa!
Le aguarda la esposa bajo el portalón
Y besa su frente, sin casi llorar,
Que las ricas-hembras saben ocultar
Sus mayores penas en el corazón.
Trajina la dueña, diligente y fuerte,
En tanto, en las cijas, ahúlla el mastín,
Y escancia los vinos del rudo festín;
A los tenebrosos lobos de la muerte.

Ya la comitiva cubre los senderos;
Los seis hijosdalgo, portando las andas;
Los monjes benitos, que rezan las mandas;
El tropel de hierro de los mesnaderos;
Y las plañideras, todas doloridas,
Y los hombres llanos que labran la tierra,
Y el doncel de escudo y el corcel de guerra
Que los escuderos llevan de las bridas.
Ya duerme el hidalgo bajo el frío suelo
De la iglesia humilde, campesina y ruda.
Su ánima de niño, cándida y desnuda,
Entre querubines se remonta al cielo.

.....
«En el Santo Nombre de Dios, uno y tres,
Porque a los que luchan se dé en encomienda,
Yo, Teuda Ferrandes, entrego mi hacienda
A vos el muy noble Maestre de Uclés.
Mi Castro-Mendaro, con cotos y anejos,
Lagar y paneras, horno y caserío,
Y el molino nuevo que en el caz del río
Hace la molienda de siete concejos.
Los campos de trigo que van al confín
De tierra de Burgos, las yuntas de bueyes,
El hato de cabras y las pingües greyes
De ovejas merinas, con yegua y mastín.
Vos doy mis ajorcas y mis arracadas,
Y los relicarios, que mi gala fueron,
Y aquellos zarcillos que tal vez vinieron
Ornando cabezas recién cercenadas.
En cambio yo pido, con toda humildad,
Vuestros santos velos y un rincón desierto,
Donde rece y lllore por mi dueño muerto
Y busque las vías de la eternidad.
A mis hijos mando que cumplan mi ley;
Su herencia es Castilla, su campo la guerra
Y si hacienda quieren, ganen otra tierra
Luchando como hombres, al lado del Rey.

Yo, Teuda Ferrandes, invoco al Señor
Porque mis palabras lo que el mundo fuere,
Sean perdurables y el que las vulnere
Yazga en los infiernos con Judas traidor.»

.....

¡Flor de las llanuras de nuestra Castilla!

En la paz serena de tu monasterio,

Una vieja carta me contó el misterio

De tu vida austera, piadosa y sencilla.

Contemplé tu efigie, que fingió el cincel

Yacente a la diestra del rudo infanzón;

Una cruz campaba sobre tu blasón

Y bajo tus plantas, dormía un lebel.

Y pensé en mi tierra de Castilla, fuerte

Por sus hembras, madres de conquistadores;

En la santa tierra, donde los amores

Traspasan los cotos del Tiempo y la Muerte.



EL REY

EL CAMPO DE BATALLA QUEDA SOLO Y SANGRIENTO
En el lluvioso ocaso; es el clamor del viento

Largo como un responso, triste como un lamento.
Los cuervos tienden vuelo delante de un tropel
De armados infanzones; sobre un negro corcel
Pasa un recio ginete de lengua barba; es él.
Como no soy cronista, no sé si este hombre rudo
Que lleva un león rojo pintado en el escudo,
Se llama Don Ordoño, Don Sancho o Don Bermudo.
Sólo sé que es el Rey: en una catedral
Guardar los fueros viejos juró sobre un misal
Y un anciano arzobispo le ungió la frente real.
Veló las armas nuevas, y le ciñó una infanta
La espada, guarnecida de una reliquia santa,
Que a los siervos protege y a los moros espanta.
Y desde aquel entonces lucha en la buena guerra,
Puebla aldeas y villas, a los monjes da tierra,
Y ciñe con castillos los cerros de la sierra.
Este Rey de cristianos, fustigador del moro,
Es simple como un niño; en un cuerno de toro
Bebe el vino del Puerto, mejor que en copa de oro.
Se duerme en los Concilios y en las Cortes bosteza,

Inclina en las iglesias humilde la cabeza
Y la levanta altivo cuando el combate empieza.
En la caza y la guerra pone sus ansias todas.
No ostenta en el palacio las ricas gemas godas,
A la señora Reina, no ve desde las bodas.
Mas, allá en sus andanzas, tal vez el cuello humilla
Al suave yugo de Eros; de alguna pastorcilla
Descienden los linajes más claros de Castilla.
¡El Rey! Ante este nombre tiembla el pueblo y se aterra,
El Rey tiene en sus manos las paces y la guerra,
El Rey es el alférez de Dios sobre la tierra.

.....

Hasta que, rebosante la copa del destino,
Muere en una batalla o en el fervor del vino
Le mata el afilado puñal de un asesino.
Al cabo de los años se apodera la Historia
De sus altas hazañas y ciñe su memoria
Con un nimbo esplendente de virtud y de gloria.
Los monjes coronistas, letrados monjes son;
De Idacio y de Isidoro gustaron la lición,
Y a su manera, han hecho del Rey un cronicón.
En sus acciones ponen la majestad de Octavio,
En sus juicios, la ciencia de Salomón el Sabio
Y del cantor David las mieles en el labio.
Pintaron en las orlas su semblante y su aliño;
Alta corona de oro, noble manto de armiño
Como los santos reyes que adoraron al Niño.
Sus gestas generosas divulga la leyenda;
Juglares sabidores las cantan en la senda
A los que en romería llevan devota ofrenda.
Las mozas le imaginan, cuando piensan en él,
Rubio el cabello, de oro la espada y el broquel
Como el Señor San Jorge y el Arcángel Miguel.
Yo vos le pintaría como un gran sembrador
Que ha sembrado los yermos en todo su redor
Con villas y lugares y templos del Señor.



: : : *IMPRESION DE* : : :
SEGOVIA EN INVIERNO

HAN CAIDO LOS LOBOS DE LA SIERRA

Cerca del arrabal, sobre unos hatos;
Dejaron, al huir, roja la tierra
De sangre de corderos y chivatos.
No le valieron al mastín sus hierros,
Ni su alerta al pastor. Todo dormía
Y oímos los ladridos de los perros
Y unos ahúllos en la lejanía.
Ha traído la nueva del pillaje,
Después de amanecer, un pastor mozo;
¡Aún temblaba de miedo y de coraje!
¡Aún lloraba de rabia del destrozo!
Hoy comienza a nevar; blanquea el cielo
Y luego se deshace en copos leves;
La ciudad se engalana con el velo
De la casta Madona de las Nieves.
En las murallas y en las torres viejas
La nieve esfuma los contornos rudos;
Tiende un tapiz real en las callejas
Y marca un perfil blanco en los escudos,

Y en las secas olmedas, al ramaje,
Presta una vaguedad como de bruma,
Y pone luz de ensueño en el paisaje
Que en lontananza su blancura esfuma.
A la noche la luna esparce apenas
Una vaga y difusa claridad:
Toda blanca, detrás de sus almenas,
Parece como muerta la ciudad.
Tan grande es la quietud y tan profundo
Es el silencio y tan intenso el frío,
Como han de ser cuando navegue el mundo
Sin vida y sin calor por el vacío.
Sigue nevando aún y vacilante
Nace la tenue claridad del día...
Cuentan que se ha arrecido un caminante
Que cruzaba el pinar de Navafría.

... ..
Es el aire tranquilo y transparente,
Son de un azul purísimo los cielos,
Se quiebra con mil luces el naciente
En las finas agujas de los hielos.
¡Mañanita de sol, clara mañana
Que rebotas de luz y de alegría!
Los viejos pensarán en la solana
Que es la vida muy dulce todavía.
El sol arranca un iris de reflejos
Del hurraño vitral de los balcones;
Como jugando en los palacios viejos
Alegra los sombríos portales;
Y en las nobles basílicas doradas
Pule las tallas de las piedras bellas,
Y hace añorar el sol de otras jornadas
A los guerreros y a los santos dellas.
El sol lleva la gente a los caminos
Que van a la ciudad; acompasados
El andar y la voz, los campesinos
Comentan de la mies y los ganados.

¡Carreteras de Cuéllar y Medina!
¡Caminos de Sepúlveda y Pedraza!
Parece que entre el polvo se adivina
La huella, firme y honda de la raza.
Llegan del manso Eresma los rumores
De los batanes y de las aceñas
y gimen con agudos estridores
Las pesadas carretas lugareñas.
El claro sol de las mañanas de oro
Alegra las plazuelas provincianas.
Late en las forjas el metal sonoro
Y vibra en el clamor de las campanas.
A la tarde en los sotos, cabe el río,
—El río con sus chopos a la orilla—
Pasean los ancianos el hastío
De las viejas ciudades de Castilla.
Cuando esmaltan los picos de la sierra
Los postreros reflejos vesperales,
Tornan loando a Dios, que dió a su tierra
Destas templadas tardes invernales.
La noche cae, muy limpia y sosegada;
Destacan del azul los ventisqueros
De la Muerta; del cielo azul de helada
Donde tiemblan de frío los luceros.



*::: IMPRESION DE :::
SEGOVIA EN OTOÑO*

E IENE EL PAISAJE EL CANDOROSO ENCANTO

Del fondo de una tabla primitiva,
Pintada al temple, con reflejos de oro;
Entre huertos el río se desliza
Y en la altura, las torres almenadas
Corona son de la ciudad antigua
Toda bañada en luces del Ocaso.
De los chopos las copas esbeltísimas,
Rojizas cual las llamas de los cirios,
Destacan de las nubes que, sombrías,
Cubren el fondo; sus postreros besos
Lanza a la tierra el sol. Una colina
Cubierta toda de viñedos gualdos
Parece en limpios cobres esculpida.
Una a una las hojas van cayendo,
Melancólicas, leves, fugitivas,
Como nuestras ideas. Tan profundo
Es el silencio, que los ecos vibran
Con el rumor de un vuelo entre las frondas
O de unas voces en la lejanía.

En la vieja alameda, junto al río,
Las hojas nuestros pasos amortiguan
Con una alfombra de oro; es el follaje
Como un dosel de lumbres encendidas.
Un ambiente dorado nos rodea.
¡Noble quietud de la ciudad tranquila!
Tan solemne es la calma, que sentimos
Deseos de postrarnos de rodillas,
Cual los santos que adoran a la Virgen
En las ingenuas tablas primitivas.



DE LA JUDERIA VIEJA

HUNDIENDO EN EL ORO LA MANO AVARIENTA

El judío viejo sus monedas cuenta.
¡Guarda, guarda, viejo, que yo ví al Amor
Que te desgranaba tu perla mejor!

¡Oh cuántas riquezas Don Mosé tenía
en su tendezuela de la Judería!
Tapices de Oriente guarnecen el muro;
Relumbran las gemas en el antro obscuro;
Pero hay en un cuarto, que no abre jamás,
Unos ojos negros que relumbran más.

Hundiendo en el oro la mano avarienta
El judío viejo sus monedas cuenta.

Hilando su lino, la niña decía:
¡Ay, quién fuera mora de la morería!
Si en alguna villa fuera yo villana,
Bailara en las fiestas a toda mi gana.
¡Padre que me matas de quererme tanto!
¿No me ves solica y en amargo llanto?

Guarda, guarda, viejo, que yo ví al Amor
Que te desgranaba tu perla mejor.

Judío, judío, no cuentes el oro,
Que rondan ladrones tu mejor tesoro.
En aquel silencio de tu callejuela
¿No oiste un murmullo como de vihuela?
Sobre los guijarros, ante tu dintel,
¿No oiste los cascos de un bravo corcel?

Hundida en el oro la mano avarienta
El judío viejo sus riquezas cuenta.

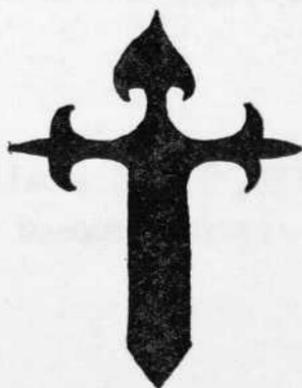
Ya ronda el amante las tapias del huerto;
Ya sale la niña, que el postigo ha abierto;
Ya la sube el mozo sobre el alazán;
Ya por los caminos galopando van.
De la madrugada las primeras brisas
Se llevan los ecos de sus frescas risas.

Guarda, guarda, viejo, que yo ví al Amor
que te desgranaba tu perla mejor.



MARQUES DE LOZOYA

Y OTROS POEMAS



DON JUAN DE LOS RIOS

AÑO MCMXXIV

ROMANCES DEL
LLANO

ROMANCES DEL LLANO Y OTROS POEMAS

Compuestos en la ciudad de Segovia

por

DON JUAN DE CONTRERAS

MARQUES DE LOZOYA

AÑO MCMXXIV

Mis alcotanes

ALCOTANES altaneros
de vuelo firme y veloz
que anidáis en las almenas
de mi castillo interior!

Los que tan alto volábais
que vuestra vista oteó
el desfile de los siglos
en solemne procesión;

¿quién abatió vuestro orgullo?
¿quién rindió vuestro valor,
que andáis zahareños y huídos,
con miedo en el corazón?

¿Qué abismo visteis, tan hondo
que os llenase de pavor?
De tanto subir, ¿cegásteis
en las lumbreras del sol?

Tended el vuelo, mis aves,
con nuevo y pujante ardor,
en el azur explayadas
como piezas de blasón;

vuestra mirada avizore
los llanos que Dios tendió
del confín de las Castillas
a los montes de León;

allá donde el Duero engrana
con plata que brilla al sol,
ciudades que son joyeles
de rica y noble labor.

Tal vez veáis levantarse
la generosa nación
que fué señora de pueblos
cuando así lo quiso Dios.

Si hambre tuviérais, yo os diera
por cebo mi corazón.
¡Alcotanes altaneros
de mi castillo interior!



La partición

«Confirmo que sea perpetuamente firme a vos, el Consejo de Segovia, aquel privilegio que el Emperador Alfonso, mi abuelo, os hizo de los hitos que él mismo, entre vuestro término y el de Avila, fijó y señaló.»

(Privilegio de Alfonso VIII a los segovianos.)

TLANTO el buen Rey de Castilla su tienda en unos canchales;
con el viento de la sierra, flamean las señas reales
prendidas sobre los nidos de las águilas caudales.
Con Don Alonso el osado, de toda España señor,
sobre las Peñas Buitreras, de Castilla está la flor.
¡Cuánto rico-hombre aguerrido! ¡Cuánto Obispo sabidor!
En la tarde sosegada, desde los canchos bravíos
se ve el campo de Segovia, con sus pinares sombríos;
en el fondo de los valles, relumbran al sol los ríos.
Contemplando tanta tierra ¡cuán se ensancha el corazón!
Llanuras, como un celaje, que Tierra de Campos son,
y montes, como una bruma, que son montes de León.
En los altos de la sierra, que guarda los cotos viejos,
verá hoy el Rey de Castilla los pleitos de dos concejos:
Avila con sus lugares; Segovia con sus anejos.

✻ ROMANCES

Por fuerza, los avilese pretendieron separar
Campo-Azálvaro y sus prados del alfoz del Espinar.
¡Sólo la espada del Rey puede los hitos marcar!
La voz de Avila trajeron tres viejos y tres donceles
del bando de Mingo Esteban, que en adargas y broqueles
llevan, en campo de plata, pintados trece roeles.
Segovia, la muy enhiesta, mandaba seis personeros;
cuatro por ambos linajes de hijosdalgo y escuderos,
y, por lugares y aldeas, dos hombres-buenos pecheros.
Dijeron los avilese: Recuerda agora, Señor,
cuando, niño y fugitivo, buscaste nuestro favor
y, dentro de nuestros muros, amparo hallaste y amor.
La ciudad veló tu sueño, como una madre lo haría;
por tu causa, en las Hervencias, la sangre nuestra corría;
si contra nós sentenciases, muy grande agravio sería.
Dijeron los segovianos: Escucha, Rey, la razón
de los que a Córdoba fueron, rodeando tu pendón;
los que hoy buscan tu justicia, mejor que tu corazón.
Nós poblamos ese campo cuando era yermo y baldío;
trajimos nuestros ganados a pastar, en el estío;
si de justicia te pagas, sostén nuestro señorío.
El Emperador de España, bien quisiera non fallar,
porque ambos concejos pechan su montazgo y su yantar.
De Condes y de Prelados consejo quiso tomar.
En tanto que se lo daban, oteó un punto lejano;
llamó a los de las ciudades, y les mostró con la mano
un alcotán altanero, suspendido sobre el llano,
y dijo: «Santa María nos enseñe con el vuelo
de aquel ave, que se explaya sobre el limpio azul del cielo;
por dónde he de abrir agora vuestras lindes en el suelo.»
Miraron todos al ave. ¡Con qué temeroso afán
los hombres de ambos concejos el vuelo siguiendo van,
y nombrando los lugares por do pasa el alcotán!

Al collado de Ojosalbos bajó por los Malagones;
por la venta Paramera pasó el arroyo Serones,
y perdióse hacia Cubillo, do yacían los mojones.
¡Load a Santa María, que guió la partición!
Campo-Azálvoro y sus prados, tierra de Segovia son.
Los que antes lo demandaban, se avinieron a razón.
Segovianos y avilese besaron al Rey las manos;
diéronse paz en los rostros, en buen amor de cristianos,
y, alegres los corazones, descendieron a los llanos.
Ya el sol tocaba en la tierra, tersa y azul como el mar;
el Rey y sus ricos-hombres tornaron a cabalgar,
y se hundieron, silenciosos, en la sombra del pinar.



La Virgen de los trigos

VIRGEN de la ermita que encontré en la vía
que va por Hoyuelos a Santa María!

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Entre los trigales, vive una Señora
de rostro moreno, como labradora;
ojos de paloma, cándidos y buenos;
labios que sonríen, dulces y serenos.
Lleva nobles tocas, a uso de Castilla,
y sostiene un niño sobre la rodilla.
Corona de plata ciñe al rapacín
y ríe, jugando con un colorín.

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Regalo y frescura brindan al romero
 un álamo viejo y un chorro parlero.
 En las sosegadas tardes estivales
 salmodian los grillos entre los trigales;
 vibran las chicharras sobre los tomillos
 y cubren el olmo gayos pajarillos
 —juglares alados, que vienen de lejos
 buscando el cobijo de los olmos viejos—
 frente a los palacios de la Reina Santa,
 en las noches bellas, la llanura canta.

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
 cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Virgen de los trigos: ¿Do están los cristianos
 que te hicieron casa con sus rudas manos?
 Los que en estos campos, ganados al moro,
 vertieron de nuevo la simiente de oro;
 polvo son sus huesos, en el polvo santo
 de estas mismas tierras que labraron tanto.
 Pero yo en mis sueños, Señora, los ví
 vestidos de gloria, muy cerca de ti.

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
 cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Como ellos danzaban, danzan todavía
los mozos labriegos en la romería;
cuando, en una alegre mañana de abril,
juega la dulzaina con el tamboril.
Bajo el verde palio del álamo viejo
con simple decoro pasa tu cortejo,
y tus ojos negros, miran con amor
la aldea tranquila, los trigos en flor,
los ágiles mozos, y los niños bellos
que en otros abriles danzarán como ellos.

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Las niñas te dejan su ofrenda de flores;
te cuentan las mozas sus castos amores;
y las vejezuelas te quieren mirar
con sus ojos, ciegos de tanto llorar.
Todas las jornadas escuchas serena
en distintos labios, una misma pena;
como un río eterno, de manso rumor,
pasan las palabras de amor y dolor.

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Camino de Hoyuelos a Santa María,
 en la ermita blanca me detuve un día.
 Bajo el olmo viejo, desde el altozano,
 ví en las lejanías esfumarse el llano,
 y calmé las ansias de mi labio ardiente
 en el saludable chorro de la fuente.
 ¡Oh, quién fuera el olmo recio y solitario
 para hacer la guardia cabe tu santuario!
 ¡Oh, quién fuera fuente cristalina y clara
 que tus letanías por siempre cantara!

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
 cuenta nuestras penas y ruega por nos.*



Canto al labrantío

TIERRAS de pan y vino! ¡Campos de la ribera,
donde, en tiempos heroicos, hicieron sementera
los hombres que hasta el Duero llevaron la frontera!

Con púrpura y con oro fuisteis engalanadas
por la gracia divina. ¡Barbecheras doradas!
¡Inmensas lejanías, azules y moradas!

¡Tierras de la llanura, del claro sol esposas!
Espigas son la gala de las bodas gozosas,
y cárdenos racimos, como piedras preciosas.

Las lluvias otoñales os besan con amor,
y en el surco reciente, que exhala un suave olor,
simientes bendecidas esparce el sembrador.

El sembrador, que sueña con la rubia gavilla,
las hoces relumbrantes, las eras de la trilla,
¡las ardientes jornadas bajo el sol de Castilla!

¡Los carros de las mieses ya cubren el camino!
¡Ya canta sus cantares el agua del molino!
¡Ya cuecen las hornadas del buen pan campesino!

El pan, que desde el arca llena toda la casa
de un olor saludable. ¡Pan que se da sin tasa
a la Iglesia de Cristo y al mendigo que pasa!

El trabajo de un año se cifra en su rondel;
por eso, al repartirlo sobre el blanco mantel,
los viejos labradores hacen la cruz en él.

La vid de nuestras tierras es un divino don;
sus pámpanos jugosos, cristiano emblema son;
el vino es un regalo que alegra el corazón.

Vinillo de cosecha: ¡cuánto yo te venero!
De todos los ancianos amigo verdadero,
que el sol de otros agostos guardas para el Enero.

En el fondo del cuenco, duerme el viejo cantar
de los mozos de antaño, que hollaron el lagar,
y hoy buscan, temblorosos, la lumbre del hogar.

Tú guardas la alegría de vendimias lejanas;
cuando era el sol más tibio, y eran mozas galanas
las viejas que gobiernan su rueca en las solanas.

¡Llanos amplios y alegres! ¡Dichosa tierra mía
que ofrece en los altares su ofrenda cada día!...
¡Tierras de pan y vino para la Eucaristía!



La peregrina



ONDE váis, la reina Juana — de Castilla y de León?

Huérfana está nuestra tierra. — ¡Ya no espera sino en vos!

¿Y andáis por esos caminos — a solas con vuestro amor?

El Rey era muy galán, — más rubio que el mismo sol;

venía de altos linajes. — ¡Alcuña de Emperador!

El cuerpo que va en las andas — era todo cuanto os dió,
que allá en su tierra de Flandes — robáronle el corazón.

Cubriamos los caminos — que la lluvia encenagó,
siguiendo a nuestra señora — desamparada de Dios;

cruzamos tierra de Campos, — entre Dueñas y Carrión,

tierra de negros pinares — y amplias hojas de labor;

dejamos a Torquemada — y a las huertas de su alfoz;

acampamos junto a Hornillos — en noche de cerrazón;

el ataúd en el suelo — sobre una alhombra quedó,

a la luz de cuatro cirios — de vago y frío fulgor.

Cantaba el viento en los llanos — una muy triste canción,

y entre sus largos gemidos — oímos como una voz:

¿Dónde váis, la reina Juana — de Castilla y de León?

Huérfana está nuestra tierra. — ¡Ya no espera sino en vos!

Estaba de pie la Reina — recogida en su dolor,

fijos los ojos tranquilos — en una dulce visión;

con los labios entreabiertos — quedamente murmuró:

¿Qué me importa de Castilla — si se ha apagado mi sol?

¡No hay reino en toda la tierra — tan noble como mi amor!



Noche en las eras

✓ ARGOS días estivales, en que abrasa el sol la tierra
y se ve, en el horizonte, la línea azul de la sierra,
tan vaga como un ensueño de esfumada lejanía!
Trabajaron sin reposo los labriegos todo el día,
y, al tenderse las tinieblas por el haz de la llanura,
se rindieron al cansancio de la vida recia y dura.
El ruido de la jornada cesaba en el caserío...
Velaba yo en el silencio de aquella noche de estío.

En el mar de los trigales, de sonoras ondas de oro,
calló de las sabandijas el lento y solemne coro;
no turbaban el silencio de la campiña tranquila
ni el murmullo de una fuente, ni el latido de una esquila;
bajo el cielo constelado de aquella noche serena
velaba sólo mi duda y hablaba sólo mi pena.

Pensaba en los agosteros, dormidos sobre los haces;
les vi en su labor del día, valerosos y tenaces.
¡Hasta el viejo, casi inútil, templaba la sed del mozo
llevando en sus cantarillos el agua fresca del pozo!
Hasta los niños ganaron su trozo de pan moreno,
guiando a los mansos bueyes de dulce mirar sereno!
Entonces miré mi vida con vergüenza y con hastío;
¡Todos cumplieron tus leyes; todos menos yo, Dios mío!
¡En el día de Justicia tendrá mi frente rubor
ante las frentes ungidas por el polvo y el sudor!

Bajo el cielo rutilante, que hablaba de eternidad,
 por nuestras hondas miserias sentí una inmensa piedad;
 recordaba mis ensueños, marchitados siempre en flor;
 mis anhelos de ser útil, mis ansias de ser mejor;
 y lloré sobre mi vida; la pobre vida baldía,
 que no corrió por sus cauces ni supo encontrar su vía.
 Díome entonces en el rostro como el soplo de un aliento,
 y oí una voz, confundida con el susurro del viento:
 «¡La vida no es siempre lucha, que es amor y es oración;
 reza por los que trabajan, y levanta el corazón!»

Bajo el claro firmamento del estío de Castilla,
 en el polvo de las eras doblé luego la rodilla.
 Encomendé nuestras penas a Aquél que sabe contar
 las estrellas de los cielos y las arenas del mar;
 y recé por los ancianos caducos y temblorosos
 que añoran el sol de antaño;
 por los mozos vigorosos
 que al compás de las segures cantan cantares de amores,
 y por los niños pastores
 dormidos junto al rebaño.
 Y, rezando todavía, oí a una alondra temprana
 y ví temblar en los cielos la estrella de la mañana.



La flor de Olmedo

De noche le mataron
al caballero;
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.

(Cantar de tierra de Medina.)



IDALGO que vais corriendo — romerías y feriales:
no crucéis, anochecido — la sombra de los pinares;
en tratos y en galanteos — malos enemigos se hacen;
de uno sé que al diablo diera — cuerpo y alma por vengarse.
En la feria de Medina, — cofradía de merchantes,
en un trato y un cortejo — por dos veces le humillasteis.
Yo he visto lumbres sangrientas — en sus pupilas de sacre.
¡Guárdeos Dios, Juan de Viberos — al amor de vuestra madre!

.....

¡Mala noche de camino — para arrieros y feriantes!
La lluvia azota los campos, — gime el viento en los pinares
¡Guarde Dios al caballero — que de penas aún no sabe!
Galopa alegre el galán, — pues le espera al fin del viaje
amor de novia en la reja, — y en la casa amor de madre.
En la cruz de Velorado, — sobre él unas sombras caen,
como caen sobre los cisnes — los certeros gavilanes;
el cantar en su garganta — hielan buídos puñales;
tiembla en los ecos del llano — un clamor de ¡Cristo, valme!
y tendido en el camino — queda el mozo agonizante,
bajo la inmensa negrura — del cielo sin luminaires.

.....

ROMANCES

¡Olmedo, la bien cercada, — cuna de nobles linajes!;
a las luces de la aurora — va un cortejo por las calles.
Un hidalgo llevan muerto, — que mataron sin combate;
sobre la negra ropilla — de fino paño de Flandes
campa la cruz de Santiago — como un reguero de sangre.
¡Flor de Olmedo, flor de Olmedo, — cuán temprana te agostaste!;
al pasar ante sus casas — todas las mozas le plañen;
de una sé que en un convento — para siempre ha de encerrarse.
¡Helo ante sus mismas puertas, — que para acogelle se abren!
Al resplandor de los cirios, — que empuñan dueñas y pajes,
aparece una matrona — de dulce y grave semblante;
¡es tan inmensa su pena — que en llanto romper no sabe!
Y en su regazo recibe — el cuerpo del hijo exangüe,
cual la Madre Dolorosa — que nos muestra en los altares
el corazón traspasado — por siete agudos puñales.

... ..
¡Mala la hubiste, el mancebo — que la traición preparaste!
A encubrirla no bastaron — las sombras de los pinares;
los juglares en las ferias — la comentan en romances;
todas las mozas de Olmedo — la cantan en sus cantares;
los niños de la doctrina — bien de corrido la saben;
por no oirla, una mañana — tu solar abandonaste,
y, huyendo de tus recuerdos, — cruzaste en vano los mares.





La Galana

COMO estaba el monte de nieve cubierto,
buscando el camino que lleva hasta el puerto,
detuvo la yegua, medroso e incierto.

Fué en esa ladera de la Marichiva
donde, de una grieta de la peña viva,
mana un agua clara que desciende esquiva.

El sol se apagaba de las cimas blancas,
cuando, entre el estruendo de aquellas chorrancas,
oyó como un ruido de herradas carlancas.

Le alcanzó un mastín, adornado de ellas,
y vió que, saltando, con sus breves huellas
sembraba la nieve de un rastro de estrellas.

Al acaricialle, temor y alegría
sintió, que en sus ojos muy bien conocía
que era la Galana la que le seguía.

✻ ROMANCES

Y de allí a un momento pareció la dueña
entre unas retamas, hermosa y zahareña,
el rostro encendido y al aire la greña.

¡Cuán bien parecía, la moza serrana!
Era alta y gallarda como un Diana
vestida con paños de verde y de grana.

Pidióla el hidalgo que fuera su guía,
y ella, placentera, le mostró la vía,
entre los canchales de la serranía.

Andando tras ella, le dijo: «Pastora,
si en la mí tordilla subieses agora,
allá en las ciudades serías señora.»

Dijo la Galana: «Oí yo a las viejas,
cuando, junto al fuego, dicen sus consejas,
que non vieron bodas de lobos y ovejas.»

Dijo el gentilhombre: «Niña, yo te digo
que si ahora los puertos pasaras conmigo,
por toda tu vida tendrías amigo.»

Dijo la Galana: «Sosiegue el montero,
que, cuando a la Corte vaya, en otro Enero,
le tendré en las rúas por mi caballero.

Pero aquí, en los cerros, quiero tener tratos
con galán que entienda de regir los hatos
y sepa las trochas do van mis chivatos.»

Y bajó hacia el valle, graciosa y lozana,
turbando a su paso la quietud serrana
con sus risas, claras como la mañana.

Quedó el caballero tan solo y perdido,
que ya desde entonces buscar no ha sabido
sosiego apacible ni gusto cumplido.



Cielo claro de Castilla

CIELO claro de Castilla!

¡Noches de estío, serenas,
en que las almas escuchan
el cantar de las estrellas!

Cielo claro de Castilla:
¿Quién te ve, que no enloquezca
con esa noble locura
que es la cordura suprema?

Anhelo de cosas grandes,
Sed de verdades eternas,
amor tan sutil y altivo
que con nada se contenta.

¡Don Alonso el estrellero
tan despreciado en la tierra
porque perdías ciudades
cuando contabas estrellas!

¿Qué culpa tuviste, Rey,
de haber nacido poeta,
y que el cielo de Castilla
el ánima te prendiera?

Mi Castilla la gentil
no tuvo mejor grandeza;
tu Reino vence a los siglos
y no conoce fronteras.

Del Reino que tú fundaste
habían de ser lumbreras
Luis de León el divino
Juan de la Cruz y Teresa.

Cielo claro de Castilla,
noches de estío, serenas:
al veros ¿quién no olvidara
los cuidados de la tierra?



La morada

DE la vieja encina busco yo la miel
y las nuevas rosas de antiguo verjel.

Guardar mis amores quiero en el espacio
amplio y recatado de un noble palacio.

Con ancha portada, de enormes dovelas;
cartel blasonado con trece roelas,
torre de granito, merlones cimeros
en Avila santa, de los Caballeros.
Sillares dorados al fuego del sol;
de traza italiana y ornato español;
con rejas de forja, sobrias y elegantes,
en la Salamanca de los estudiantes;
y en esta Segovia, cuna de mi raza,
balcones volados que den a una plaza
hidalga y tranquila, y un huerto sombrío
sobre las murallas que miran al río.

.....

Y todas las cosas guardarán las huellas
que dejan las vidas al pasar por ellas.

Sobre la blancura de los tersos muros
hallaré retratos de tonos oscuros;
y glaucos espejos—huecos siempre abiertos
que miran al vago país de los muertos—
Desde las ventanas, veré las llanadas,
las sierras azules, las torres doradas.

... ..

Viviré la vida generosa y buena,
y seré una pieza de aquella cadena
por la que, en los siglos, quedaran unidos
los que ya murieron con los no nacidos.

Tendrá la morada donde he de morar
ternura de nido, resplandor de hogar;
¡castillo y santuario; torre santa y fuerte
donde huir del mundo y esperar la muerte!
La piadosa muerte que vendrá, en su día,
a tocar las puertas de la casa mía,
cuando Dios quisiere que parta desde ella
para otra morada más noble y más bella.



MARQUES DE LOZOYA

CANTAR
DE LAS
TIERRAS ALTAS
Y OTROS POEMAS



CANTAR

DE LAS

TIERRAS ALTAS

Y OTROS POEMAS

COMPUESTOS EN LA CIUDAD DE SEGOVIA

POR

D. JUAN DE CONTRERAS
MARQUÉS DE LOZOYA



OFRENDA

a D.^a X. de C.-E.

DENTRO de los viejos muros segovianos
ha tiempo que había dos mozos hermanos.
Eran los vestigios de una antigua raza;
el mayor gustaba de lances de caza
y sabía el arte de la montería.
Por la blanca nieve los rastros seguía
y al pato salvaje buscaba en el caz.
¡Era generoso, bravo y montaraz!
El menor gustaba de la vida quieta;
era algo anticuario y un tanto poeta,
y en su librería, de estantes repletos,
con calma de orfebre, limaba sonetos.
Al amor del fuego, y en largas veladas,
solían contarte sus bellas jornadas,
y al llegar tu santo, como de dineros
andaban escasos ambos caballeros,
en vez de brocados antiguos y raros,
copas cinceladas o diamantes claros,

a tus pies traían presentes diversos:
el Marqués, perdices; el poeta, versos.
Hogaño la ofrenda te llega incompleta;
solos van los versos del mozo poeta,
pero en su presente, yo sé bien de cierto,
que está el gran cariño del hermano muerto.

III-XII-MCMXVII.



CANTAR DE LAS TIERRAS ALTAS

QUARTELES de Cabanillas!

¡Pobres tierras centeneras
labradas en los resaltes
de las faldas de la Sierra!

¿Quién fué el primer labrador
que vino a arar las laderas?
¿Quién concibió la locura
de sacar pan de las peñas?

Desde aquel día se siguen
las heroicas sementeras.
Aun queda nieve en los altos
cuando las mieses verdean.

¡Nunca vi por las Españas
tan humildes primaveras!
Entre los ralos centenos
los claveles azulean.

Cantan grillos en las lindes
escondidos en la hierba;
palpitantes corazones
las amapolas semejan.

Relumbran al sol de agosto
las hoces para la siega;
por la Virgen de setiembre
aun queda parva en las eras.

¡Labrador de tierras altas
que a la cruz de mayo rezas
por que la helada tardía
no te abraze las cosechas!

No envidies a los pastores
que emigran con sus ovejas
y corren tantas cañadas
y cuentan de tantas tierras.

Los que pasan al sereno
las noches tibias y bellas,
y con hogueras de piorno
las altas cumbres alegran.

Cielo claro y tierra pobre
te fué dado por herencia.
¡Tierra de pocas espigas!
¡Cielo de muchas estrellas!



CANTO TRIUNFAL

DOLOR: Padre de todo lo noble y lo fecundo!

Cada día que pasa, vuelves a ser, del mundo,
redentor.

Porque tú las heriste, saben volar las almas.
Por ti es bella la vida; tú las pasiones calmas.
¡Oh Dolor!

Tú eres radiante y puro como el hermano fuego;
tú abrasas a las almas, para que brille luego
su fulgor.

Sin ti no habría santos ni poetas habría,
y, hastiado de sí mismo, el mundo moriría,
¡Oh Dolor!

Dios te bendiga, que eres la luz en el camino;
¡Mensajero del Rey!, del tesoro divino
portador.

Dios te bendiga, heraldo de la vida y la gloria;
Tú los claros diamantes separas de la escoria.
¡Oh Dolor!

Artífice supremo, que en el metal viviente,
de raras maravillas, eres sabio y paciente
forjador.

¡Compañero de viaje! Tú, el que prenderte sabes
del arzón del jinete, del marino en las naves.

¡Oh Dolor!

¡Guerrero infantigable! Yo, en tu blasón he visto
la corona de espinas, sobre la cruz de Cristo,
mi Señor.

¡Las puertas de la gloria me abra tu llave de oro,
y, por tí, me perdonen los ojos que yo adoro!

¡Oh Dolor!

Cuando a un alma conduces al umbral de la muerte,
el coro de los Santos suele salir a verte
con amor.

Con el Rey Jesucristo va la Virgen María,
de mártires y ascetas la augusta teoría...

¡Oh Dolor!

Tal vez tú me acompañes más allá de la fosa;
tal vez el alma escucha, cuando el cuerpo reposa,
tu clamor.

Sólo al jardín del cielo no pasarás conmigo;
yo te daré, en las puertas, un dulce adiós de amigo.

¡Oh Dolor!

Sólo entrará a mi lado tu ardiente compañero,
más fuerte que tú mismo: el noble caballero
del Amor.

Tú, impasible y sereno, volverás a la Tierra
a ser luz o castigo, a llevar paz o guerra.

¡Oh Dolor!



EL MOLINO

EL viento gime: en la sierra
no hay lomas tan desoladas
como las del valle angosto
que el río Pirón socava.

Es en la sierra desnuda
que yergue sus cimas calvas,
donde los hoscos jabinos
ponen manchas azuladas.

El viento gime: constante
sus tristes cantares canta;
parece a veces que llora
y a veces parece que habla.

Por el cauce de granito
corren las aguas, tan claras,
que apenas se ven sus linfas
si en las pozas se remansan.

Murmuran en los peñascos,
por la presa se derraman,
y mueven el viejo ingenio
del molino de la Mata.

El viento gime: sin tregua
agita las secas ramas
de los tres álamos yertos
que, junto al caz, se levantan.

¡Pobre molino, perdido
en la desierta cañada,
adormido por el canto
de los vientos y las aguas!

Terminaron su molienda
las gentes de la llanada;
queda sólo el molinero
en su casuca serrana.

¡Soledad tan temerosa
no padece ningún alma!
Ni en la mar el marinero,
ni el soldado en su atalaya...

En las noches estivales,
tan rutilantes y claras,
veía arder las hogueras
de los pastores de cabras.

Como luceros caídos
en las laderas brillaban.
¡Una a una se apagaron,
al comenzar la otoñada!

Con la luna de noviembre
brilla en las cumbres la escarcha;
formando un arco en el cielo
emigra un bando de garzas.

El viento calla: la noche
es serena y sosegada;
las estrellas, ateridas,
tiemblan con claror de helada.

Por la cuesta suben luces
que al Viático acompañan.
El molinero se muere
y Dios viene a su morada.

No murmura el caz; los hielos
retienen presas las aguas.
En el silencio solemne
late una esquila de plata.



INQUIETUD

«No tienes aquí morada permanente, y en cualquier parte que estuviere eres extranjero y peregrino.»

Kempis.

YO quise hacer mi estancia sobre el haz de la tierra
en mi ciudad antigua, la de las torres de oro,
y al resguardo del muro que mis moradas cierra,
de cosas familiares reuní mi tesoro.
Con deleite de avaro amé mis cosas bellas
—estampas y medallas—en soledad altiva;
apenas si a mi torre llegaban las querellas
de la miseria humana, siempre sangrante y viva.
¡Para el vivir gozoso, basta un exiguo espacio!
En mis cosas pequeñas puse todo mi amor.
Gusté tranquilamente la suave miel de Horacio
y olvidé que en mi torno palpitaba el dolor.
Olvidé que en la vida no hay hora sin combate.
La vida es romería que no admite descanso;
así es eterna el agua que los cantiles bate;
así el agua se pudre, si para en el remanso.

Me sentí cada día más solo en mis moradas;
como blancas palomas, huían las virtudes;
para ocupar sus nidos llegaron en bandadas,
cual pájaros de presa, las negras inquietudes.
Pasaron, como un sueño, mis jornadas serenas;
¡En un exiguo espacio, cabe muy gran dolor!
Como hambrienta jauría, me buscaban las penas
hasta en lo más oculto del castillo interior.
Oí, entre mis angustias, que una voz me decía:
«Poeta: en tu posada, no eres sino un viajero.
Para buscar reposo, no es tiempo todavía.
¡Renuncia a lo que amabas y retorna al sendero!»
Lloré sobre la ruina de mis horas felices;
pero Dios da un consuelo, si quieta una ilusión.
¡Al tiempo en que arrancaba sus últimas raíces,
sentí que le nacían alas al corazón!



EL FORJADOR

ES clara y tibia la mañana;
en la plazuela provinciana
las cuatro acacias tienen flor.
¡Canción del yunque y del martillo!
Con el compás de su estribillo
golpea el hierro el forjador.

El quieto ambiente—rosa y oro—
de la ciudad, se hace sonoro
con el latido del metal.
¡Tin, tan! El eco se despierta
y con su ritmo se concierta
una campana conventual.

¡Tin, tan! ¡Tin, tan! El hierro inerte
en ascua viva se convierte,
y el corazón arde con él.
¡Tin, tan! La novia, en la ventana,
oye la música lejana
como las coplas de un rondel.

¡Tin, tan! El mozo martillea,
y al son del fuelle, que jadea,
vibra su cántico triunfal.
Arde en la fragua un roble entero,
y el forjador, fuerte y certero,
triunfa del fuego y del metal.

Vencido, el hierro brota en flores:
rejas de novia; los primores
de un candelabro o de un cancel.
Ramos de esbeltos lirios de oro,
que de la verja, sobre el coro,
harán un místico vergel

El viento canta a las almenas
canción de otoño: hastío, penas...
Murió de frío un nuevo amor.
¡Tin, tan! ¡Tin, tan! Sigue el concierto.
pero esta tarde dobla a muerto
con su martillo, el forjador.



JARDIN INTERIOR

YA lo veis: río y canto con vosotros
y con vosotros juego,
pero en el hondo mar de mi conciencia,
como una perla, duerme mi secreto.
Aunque vivamos juntos años y años,
jamás acertaréis a comprenderlo.
De la llamita que, sin treguas, arde
tranquilamente, dentro de mi pecho,
apenas si aparece en mis pupilas,
de tarde en tarde, algún fugaz reflejo.
¡Mi vida es apariencia!
¡Mi vida de verdad, queda por dentro!
Me veis reír a veces
cuando de hastío y soledad me muero,
y, a veces, cuando lloro,
de goces inefables estoy lleno.
Como fiera acosada
de hambre y de sed, me rendiría luego,
si el alma no pudiera guarecerse
en la quietud de su jardín secreto.

OTOÑADA

LA noche es ya larga: va cayendo octubre;
las cimas de Arcones, que la escarcha cubre,
en llamas están.

Relumbran hogueras en la noche oscura.
¡Los últimos fuegos! Hacia Extremadura
los pastores van.

¡Alegres fogatas de piorno y jabino,
de retamas áureas y jugoso pino
de fragante olor!

Las altas estrellas son vuestras hermanas.
¡Las altas estrellas! Hogueras lejanas
de eterno fulgor.

Va cayendo octubre; la tierra está muerta.
Ya no hacen los grillos, en la tierra yerta,
su coro estival.

En la noche fría, callada y tranquila,
quiebra entre las sombras una sola esquila
su voz de cristal.

Se irán los pastores al romper el día,
por las blancas sendas que, en la lejanía,
parten el azur.

Aun los flacos lobos, pupilas de brasa,
siguen al rebaño que, balando, pasa,
camino del sur.

¿Por qué este silencio me pesa en el alma?
¿Qué mortal angustia late en esta calma,
que me hace llorar?

¡Soledad marina! ¡Soledad sonora!
En las tierras altas, el alma te añora.
¡Voz de pleamar!

Con un terror nuevo, que es nuevo y eterno,
el alma presiente las noches de invierno,
las cumbres desiertas;

aúlla en las cimas el mastín, que advierte
en las madrugadas, pasar a la Muerte
ante nuestras puertas.

Llenando de pronto las hondas cañadas,
de entre las hogueras, ya casi apagadas,
se eleva un cantar.

Como hambrientos lobos, los negros temores
el alma rondaban, y el cantar de amores
los vino a espantar:

No sólo tienes castillos,
vieja tierra de Castilla;
en todos los altozanos
vi blanquear tus ermitas.
 **Junto a un olmo y una fuente,
una gran Señora habita,
que se apareció a pastores
y es de pastores servida,
¡Virgencita de Hontanares!,
velando estás todavía;
en esta noche tan negra
sólo tu lámpara brilla.**

Voy a correr las cañadas
con mis ovejas merinas;
¡haz que para el mes de mayo
las traiga todas paridas!
En las Vegas de Pedraza
hila su lino la niña;
¡dila que al granar los trigos
siga moza todavía!
¡Para ti, el cordero blanco
de lana más suave y fina!
Para ti, mi corazón,
¡Reina de la Serranía!



ESTAMPA DE VIAJE

ERA el sol en las Castillas una gloria y un castigo.

Cruzaba yo en el expreso los amplios campos de trigo;
las bandas de segadores decían ¡adiós! al tren,
flameando sus pañuelos con un tranquilo vaivén.
Era para ellos el monstruo, que corría la llanada,
una pausa en su trabajo; la ilusión de la jornada.
Brillaban los dientes blancos sobre los rostros cetrinos.
¡Cuán diversas nuestras vidas! ¡Cuán varios nuestros caminos!
Me pareció que trazaban, con su mano generosa,
el perdón sobre mi vida, mi vida inútil y ociosa,
cuya miseria es tan honda, que no mueve a compasión,
pues, como un gusano oculto, va royendo el corazón.
¡Mis amigos de un instante! ¡De un instante nada más,
que os cruzasteis en mi vida, para no volver jamás!
Por la gracia, tan cristiana, de vuestro gesto de adiós
al viajero fugitivo, habrá de premiaros Dios,
guardando en vuestra mirada la lumbre de esa alegría,
tan sencilla y tan serena, que no es posible en la mía.



EL CABALLERO DEL VERDE GABAN

CABALLERO del verde atavío:

Ten un poco esa yegua tordilla.
que se place en batir, con su brío,
los caminos de la ancha Castilla.
¡De fatiga abrumado, y de hastío,
quiero hincar, ante ti, la rodilla!

¡Buen hidalgo de limpia conciencia!
Miel de Horacio libé en tu decir;
de Fray Luis la tranquila cadencia
he sentido en tu mente latir.
¡En tu noble y serena existencia
yo quisiera aprender a vivir!

¡Cazador sin azor ni lebre!
Pescador que en el caz limpio y manso,
turbar sueles, con tu esparavel,
el inmóvil cristal del remanso!
¡Cazador el de hurón y cimbel!
En tu umbral, yo te pido descanso.

Como en rojo bocal del Toboso,
se serenán las aguas del río,
esta paz del zaguán silencioso
da sosiego al espíritu mío.
¡Yo deseo con ansia el reposo
del zaguán, apacible y sombrío!

Y el silencio que reina en la estancia.
con los muros tendidos de cal;
esa alegre y discreta abundancia
del yantar, generoso y cordial;
¡esas rosas, que dan su fragancia
al claustro jardín señorial!

¡Abrenuncio a las bellas locuras
del doncel Amadís, engañosas!
Gustar quiero las viejas lecturas,
con que el ánima inquieta reposas,
y, en el campo, aprender las dulzuras
del amor hacia todas las cosas.

¡El correr, en abril, las praderas
los ganados llevando a pastar!
El holgarse, en estío, en las eras;
el henchir, en octubre, el lagar,
¡y en el tiempo de las sementeras,
la velada al calor del hogar!
... ..

¡No encontré en tu morada el reposo,
ni la paz en tus campos! ¡Adiós!
He sentido un cantar misterioso
y me voy, de aventuras en pos;
¡otra vez volveré al fatigoso
caminar por las sendas de Dios!



LLANTO

LLANTO varonil!

Cuando una tragedia de amor o de muerte
rinde a quien se hacía triunfador y fuerte
y deja en el alma ternura infantil.

¡Llanto sin consuelo,
que una vez tan sólo se llora en la vida,
cuando la alta frente se inclina, vencida,
y pesan sobre ella la tierra y el cielo!

¡Corazón altivo!
Como treme el roble bajo el huracán
temblabas entonces, ¡pajarillo aun vivo,
en el que sus garras clavó el gavilán!
Pasó la tormenta; queda enhiesto el roble,
pero en el ramaje perdura el destrozo;
el hombre es más sabio, más fuerte y más noble,
pues sabe la ciencia que encierra un sollozo.

¡Llanto de mujer,
manso y silencioso cual lluvia otoñal!
¡Por borrar la pena que lo hizo verter,
diera yo la gloria de un trono imperial!
¡Llanto de la madre por el hijo muerto!

¡Llanto de doncella que enterró su amor!
¡Sangre de la herida, que tal vez yo he abierto!
¡Llanto de vergüenza!
¡Llanto de dolor!
¡Llanto de los niños, mezclado entre risa,
como entre la lluvia suele el sol brillar!
Rocío en las rosas, que la aurora irisa,
¡quién como los niños supiera llorar!

¡Llanto varonil!
Yo he probado un día tu amargo sabor.
¡Nubló mis pupilas tu velo sutil
y vi un mundo nuevo, más bello y mejor!



VIERNES SANTO

UN la Muerte huía de ella; que hasta la Muerte se aterra
del brillo de aquellos ojos, que ya no saben llorar.
¡Era su pena tan grande, que no cabía en la Tierra!
¡Era inmensa como el cielo, y era amarga como el mar!
¡La madre del asesino! Se apartaban a su paso
las mujeres, conmovidas por un espasmo de horror;
la madre del asesino vagaba sola, al acaso,
medio muerta de fatiga, de vergüenza y de dolor.

¡Señor, que en todas las penas guardas secretas dulzuras,
y con la mirra del llanto mezclas un poco de miel!
¡Señor, que tan suavemente nuestras hondas llagas curas!
¿Qué consuelos encontraste para un dolor como aquél?

¡Viernes Santo! Por las rúas llevaban a Cristo muerto;
preludiaban los clarines una marcha funeral.
¡Viernes Santo! Abril cubría de nuevas flores mi huerto
y llenaba de fragancias la brisa primaveral.

Con matices de violeta se va obscureciendo el cielo;
avanzan, en largas filas, trémulos puntos de luz;
con la faz de blanca cera sobre el negro terciopelo,
va la madre dolorosa, llorando al pie de la Cruz.

Stabat Mater..., cantaban los coros pausadamente,
y su voz, como un sollozo, se perdía en un temblor.
Las dos madres enlutadas se encontraron frente a frente,
pasados los corazones por la espada de dolor.
¡Señora!—clamó la anciana—, tú llevas al hijo inerte;
pero mi pena es tan grande, que ni aun la tuya es igual;
si mi hijo fuera inocente, ¿qué me importara su muerte?
¡Tú sabes que el tuyo es Santo!, ¡y el mío es un criminal!
Espantada de sí misma, cayó a los pies de María,
y sus labios temblorosos dijeron una oración.

La Madre de los Dolores, más pálida todavía,
sin que nadie lo entendiera, la habló quedo al corazón.
Y la dijo así: «Hija mía, ¿quién puede medir mis duelos?
¡No hay angustias en la tierra que en mi corazón no estén!
No lloro por Jesucristo, que vive y reina en los Cielos;
mi pena es tu misma pena: ¡lloro por tu hijo también!»



RECUERDO DEL MAR

SOBRE la cima del cantil marino
de extraña flora por la mar cubierto,
embriagado del hálito salino,
yacía inmóvil, como cuerpo muerto.

Era, en mi torno, de la mar sonora
tan dulce la constante cantilena,
que pensé que la roca era una prora
guiada por cantares de sirena.

La calma del azul de mar y cielo
sólo quedaba, algún instante, rota
por una vela, leve como un vuelo,
o por un blanco vuelo de gaviota.

¡Tenía tanta sed el alma mía
de azul, de claridad y de reposo,
que vi del sol poniente la agonía
con un renunciamiento doloroso!

¡Loado sea Dios! Como un tesoro,
en lo más hondo de la mente, llevo
un vivo resplandor de azul y de oro,
y un ritmo, siempre igual y siempre nuevo.



MARQUES DE LOZOYA
Los Caminos y los Días

Poemas



AÑO DE 1935

*Año ya a las orillas del río
de la ciudad, y bello en el fondo
de una explanada del río de Egipto
que a los ojos creaba imágenes.*

*Y cuando el río se pone
en la* **DEL AUTOR A LA CIUDAD**
Y en la **DE SEGOVIA, SU PATRIA**

*Año ya a las orillas, cuando en Octubre
se ve el río de los castillos, bello
en la explanada de los castillos.*

*Y al levantar en los montes
de la ciudad, bello en el fondo
de la explanada de los castillos.*

AMO yo a mi Segovia, si el ambiente
es de cristal, y brilla en el nevero
el tibio resplandor del sol de Enero
que a los viejos conforta suavemente.

Y cuando Abril apenas se presiente
en la flor de un almendro tempranero:
y en las tardes de estío: reverbero
de la sangrienta hoguera del poniente.

Amo yo a mi ciudad, cuando en Octubre
un regio manto de oro antiguo, cubre
los senderos umbríos y desiertos.

Y al hundirse en las sombras misteriosas
de la tarde otoñal, todas las cosas
nos hablan quedamente de los muertos.



I

TIERRAS de Medina; leguas
de camino polvoriento.

En la cinta del camino
vamos enhebrando pueblos.
Rompen el ritmo del surco
—romance de tono serio—
sombra azul de las pinadas,
verdegay de los viñedos.
Pasan los pueblos iguales
(aún su nombre no sabemos;
—el nombre que es, para tantos
el centro del universo—).
Y al pasar, la pena antigua
se hace más viva un momento.
La paz, que en vano buscamos,
¿estará en alguno de ellos?
En este ambiente de hastío
¿espera acaso el sosiego
de nuestra inquietud constante,
de nuestro cansancio inmenso?
A la vera del camino

está el jardín de los muertos.
Sobre los blancos tapiales
asoman cipreses negros.
¡Cuán dulce será el descanso
en la tierra de ese huerto
en donde cantan los grillos
ocultos entre el cantueso!
¿Por qué nos llamáis, campanas?
¿No veis que vamos huyendo
de ese centauro implacable
que lanza flechas de tedio?



II

... *El Lozoya,*
por su pesca famoso y dulces aguas.
(JOVELLANOS. Epístola a Anfriso.)

PORQUE en tu orilla, el nido
se alzó de mis altivos jerifaltes;
porque copiaste en tu cristal bruñado
de mi blasón el oro y los esmaltes,
quiero loar a tu corriente mansa
que la dureza pule del granito
y si en las anchas pozas se remansa
es mirador, de cara al infinito.
Corriente casta y fría
que la caricia del vergel desdeña
porque su pompa ha de morir un día
y cauce busca en la desnuda peña
que mancillar sus aguas no sabría.
¡Cuántas veces he visto, en el deshielo,
cuando tu linfa clara se desata
entre el blanco y azul de nieve y cielo
saltar la trucha, rápida y certera

como saeta de luciente plata
donde un punto de sangre persevera.
No mi cincel imaginarte quiso
de ovas la undosa barba entretejida
como el divino Orontes o el Cefiso.
Mejor te cuadraría la cristiana
figura, tan antigua y siempre nueva
del regatillo, que en la roca mana,
donde el venado montaraz se abreva.
¡Oh arroyo, que al pasar por la Cartuja
supiste de los monjes el secreto
de un vivir que a la vida sobrepuja!
Caudal manso y discreto
Agua andariega y casta; agua piadosa
que llega a la ciudad atormentada
y en cántaros humildes se reposa.
¡Da a aquellos que te buscan, el consuelo
de esa tu linfa viva,
que la belleza reflejó del cielo,
del hondo bosque y de la nieve altiva.
De la nieve cimera
naciste, y al sediento caserío
de la ciudad, orientas tu carrera,
¡Oh generoso y dulce señorío!
Pues tu nombre me dieron, ¡oh, si fuera
humilde y útil como tu, mi río!



VI

DECIS, los que me amáis, que estáis muy ciertos
de no olvidarme nunca, cuando muera.
¡Oh, la eterna ilusión! ¡Noble quimera!
¡Es muy leve la huella de los muertos!

Cada día, con rasgos más inciertos
su recuerdo en la mente persevera.
Los templos que el amor les erigiera
van quedando cerrados y desiertos.

¡Madre del alma, que me amaste tanto
y a la que tanto amé! ¿Cómo, el encanto
apenas, de tu voz, en mí persiste?

A veces me sorprendo ante el espejo
buscando en mis pupilas el reflejo
de la mirada tuya, dulce y triste.



IX

QUISIERA ser pequeño, tan pequeño
como una sabandija, y esconderme
entre la selva de los trigos de oro.
En esa selva luminosa, donde
entra la luz tan suave y tan cernida,
y el viento hace cantar cosas eternas
a las espigas, y latir los pétalos
de las sangrantes amapolas rojas.
Quisiera que mi vida—vida breve;
¡sólo el espacio de una primavera!—
discurriese entre el bosque de los trigos,
entre claveles, de un azul tan puro
como un esmalte heráldico, tomillos
y margaritas, de áureos corazones
y fragantes cantuesos, que recuerdan
el día en que el Señor, bajo su palio,
recorre las callejas pueblerinas.
Serían mis hermanos, las cigarras
y los grillos, menudos tañedores
que en esta noche de San Juan, sonora,
ofrecen su concierto a las estrellas
y la ranita de esmeralda viva

y de ojillos estáticos, saltones.
Yo tendría un cantar, sólo una nota
y una vez y otra vez la lanzaría
uniéndome al inmenso y amplio coro
de las noches de Junio, tan serenas,
Yo quisiera vivir en los trigales
y nacer un poquito cada día
en la fiesta triunfal de las auroras,
y morir un poquito cada tarde
en largos, melancólicos ocasos
y dormirme en el seno de la tierra
cuando, al compás de rítmicas segures
mi frágil selva se rindiese al suelo.



X

SONETOS BIBLICOS

1

*«Y he aquí que en aquel mismo día
vinieron los criados de Isaac a darle
nuevas del pozo que habían excava-
do, diciendo: Hemos hallado agua.»*

GEN. XXVI.

Y dijo al Patriarca un pastor mozo:
«Del pozo que mandaste se cavara,
Ha manado esta tarde agua tan clara
que el verterla en los cántaros da gozo».

El jefe venerable llegó al pozo
y oyó de los pastores la algazara;
venteando las aguas, en la piara
relinchaban las yeguas de alborozo.

* * * *

Miró a la sima. En lo profundo de ella
vió temblar el reflejo de una estrella.
Y el viento le habló así: «Cuando hayas muerto

tu nombre alabarán los caminantes,
porque encontraste linfas abundantes
entre la ardiente arena del desierto».



«Y dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra... y ven a la tierra que te mostraré.»—GEN. XII.

OYO la voz el jefe venerable
entre las sombras de la noche oscura:
¡Dejemos la pradera, tan segura,
el pingüe pasto, el agua saludable...!

Cubre la caravana innumerable
de gentes y ganados, la llanura;
en tanto el jefe descifrar procura
del Destino la página insondable.

En rutilante incendio muere el día.
Ya sólo queda, de la grey lejana,
un rumor de balidos y canciones.

Una nube es no más la caravana,
y el suave aliento del Señor la guía
adonde sea germen de naciones.



*Y les dijo el ángel: no temáis... que
hoy os ha nacido el Salvador.*

Luc. II, 10-11.

NOCHÉ de Navidad: cubre la tierra
del águila imperial la sombra altiva.
La sien ornada de laurel y oliva,
el santuario de Jano, Augusto cierra.

Noche de Navidad. Arde en la Sierra
la hoguera pastoril en llama viva.
Va la Humildad del Mundo fugitiva
y en el misterio de Belén se encierra.

Noche de Navidad: rutila el cielo
y es, en la inmensa polvareda de oro
la tierra un punto más, que brilla apenas.

Llora en la tierra un niño, y a su lloro
la Creación palpita, en un anhelo
de oír su risa y acallar sus penas.



XI

A pie, por los campos de la ancha Castilla,
iba hacia la aldea donde está mi amor,
bajo el manto augusto de la noche clara
el cantar oyendo de mi corazón.
Del cielo de Junio, rutilante y hondo
sobre mi cabeza temblaba el fulgor;
de las sabandijas que cría la tierra
pausada y solemne se oía la voz.
¡No hay fiesta en la tierra tan triunfal y alegre
como aquella fiesta de mi corazón!
El mundo era bueno y el mundo era bello
la vida, una gloria y un cielo el amor.
La sangre en mis venas rápida fluía
con el curso fácil de un ritmo veloz.
Pulsando en el arpa sutil de mis nervios
un ángel tañía muy dulce canción.
¿Acaso tocaban mis plantas la tierra?
De potentes alas oía el rumor.

Caminito viejo; senda castellana
¡oye las palabras de mi bendición!
Que los caminantes que tu polvo huellen
sean tan dichosos como lo era yo.
Que los que labraron con pasos humildes
tu cinta de plata, que se tuerce al sol,
reposen tranquilos en tierra sagrada
y sus almas gocen de la paz de Dios.



POESIAS
DE DIVERSAS EPOCAS

XII

YO te invito a mis bodas, como al mejor amigo;
sin ti, no será alegre mi banquete nupcial.
Tu paz llene mi casa. Tu, Señor, sé testigo
de que doy sin reservas mi corazón leal.

Como en Caná, las hidras del banquete de bodas
quedarán rebosantes de un generoso vino;
y toda nuestra vida y nuestras obras todas
han de guardar fragancias de tu licor divino.

En tu licor divino, que las almas embriaga,
encontraremos fuerzas para llevar la cruz.
¡Conversa con nosotros! ¡Que tu verbo nos haga
mejores y más puros, sedientos de tu luz!

Yo te invito a mis bodas, con tu madre María.
¡El pisar mis umbrales, no desdeñes, Señor!
Que, si tú la bendices, será la casa mía
alegre, santa y fuerte, mansión del buen amor.

¡Señor, sé nuestro huésped, como en Betania fuiste!
¡Parte el pan con nosotros, viajero de Emaús!
Que no haya en nuestra vida jornada alegre o triste
en que no nos conforte tu presencia. ¡Oh, Jesús!

POESIAS
DE DIVERSAS EPOCAS

LA BRAMA

Es más solemne el bosque, y más salvaje
cuando se escucha, del venado en celo
la voz tremante de amoroso anhelo
como un grito de amor y de coraje.

Cuando a la noche, en montaraz paraje
riñen dos machos su sangriento duelo.

Bravos se aprestan, escarbando el suelo
y cruzan de sus astas el ramaje.

Cae al cabo uno de ellos, v el bramido
que lanza el vencedor, tiembla y resuena
por las cañadas, hondas y tranquilas.

Cae la noche invernal, fría y serena
y entre su sombra densa, ve el caído
brillar de hambrientos lobos las pupilas.



LAS JACAS DE LA INFANTA

Se mira el sol en la lustrosa piel
como el vino andaluz, áurea y ardiente.
Hay un poco de nieve en la alta frente
y en los delgados remos de lebrel.
Ansiosas de partir, ante el cancel
hieren las losas, con el pie impaciente
y azotan los ijares, del caliente
color del amaranto y de la miel
Fuego en la sangre y en las crines fuego,
sin casi hollar la tierra del camino
galopan por la estepa segoviana.
Como en los versos del rapsoda griego
entre nubes de polvo, yo adivino
la cuádriga de ciervos de Diana.



EL LEBREL «AMADIS»

(Esculpido en piedra, en la tumba de los Ayala, en Quejana)

Como un perro fiel
guardaré tu sueño.
Yo seré un lebrel,
tú serás mi dueño.

Las dulces cadenas
en tu mano, ten
*Que hasta el Tiempo vencen
los que quieren bien.*

Mis ojos leales
no verán, al verte
la huella que dejan
el tiempo y la muerte.

Te verán tan bella
como ahora te ven
*Que hasta el Tiempo vencen
los que quieren bien.*

Si tu imagen fuese
piedra blanca y fría
yo también en piedra
me convertiría.

¡Así el sueño eterno
velaré también!
*Que hasta el Tiempo vencen
los que quieren bien.*



TURISTAS EN ROMA

*Buscas a Roma en Roma, ¡Ob peregrino
y a Roma misma, en Roma, no la hallas.*
La corres desde el Foro a las murallas
del Pincio al Quirinal y al Aventino.
Correr sin enterarte es tu destino.
Oyendo al guía reverente callas,
no guardarás, cuando a tu patria vayas
sino polvo y cansancio del camino.
Mejor que tú gustaron su dulzura
el monje, que comenta en su clausura
de Horacio y de Virgilio el noble verso;
y el pescador, que en la isla Tiberina
ve fluir, en la tarde que declina
el río, siempre igual, siempre diverso.



TRAMONTO ROMANO

El cupulón, de rosa y de topacio
entre santos de mármol de Carrara.
es como un mongolfier, que se prepara
a remontarse, libre, en el espacio.
Las sesenta ventanas del palacio
contemplan, en tres filas, la Lungara
En la fuente un tritón yergue la tiara
de un escudo papal sobre el cimacio.
Conduciendo ella misma su mil-ciento
la Madre General torna al convento.
Un cura chino pasa en bicicleta...
Saetas de la muerte, compasadas
del reloj conventual las campanadas
matan las horas, en la tarde quieta.



EL BOSQUE DE LOS POBOS

Amo yo, entre los árboles silvanos,
al alto pobo, de sonora plata
que en las tardes de estío, con tan grata
voz, suele conversar con sus hermanos.
La voz, que allá en los sotos segovianos
donde el Eresma su caudal desata
concierta con la eterna serenata
de grillos y cigarras, en los llanos.
Sestean a su sombra los pastores
y en la tierna corteza, sus amores
cifran en signos, a cuchillo abiertos.
De noviembre en el ámbito brumoso
el bosque de los pobos, rumoroso
es como un panteón de amores muertos.



INDICE

	<u>Página</u>
Proemio	5
Poemas Arcáicos	15
Poema de Añoranzas	33
Sonetos Espirituales	43
Poemas Castellanos	65
Romances del Llano	99
Cantar de las tierras altas	129
Los Caminos y Los Días	171
Poesías de diversas épocas	193

Acabóse de imprimir este libro de Poemas,
en la Muy Noble Ciudad de Segovia,
por los Talleres Tipográficos
«Vda. de Mauro Lozano»,
a XXVII días del mes de
Mayo, Festividad
de la Ascensión,
MCMLXXVI

2,000

